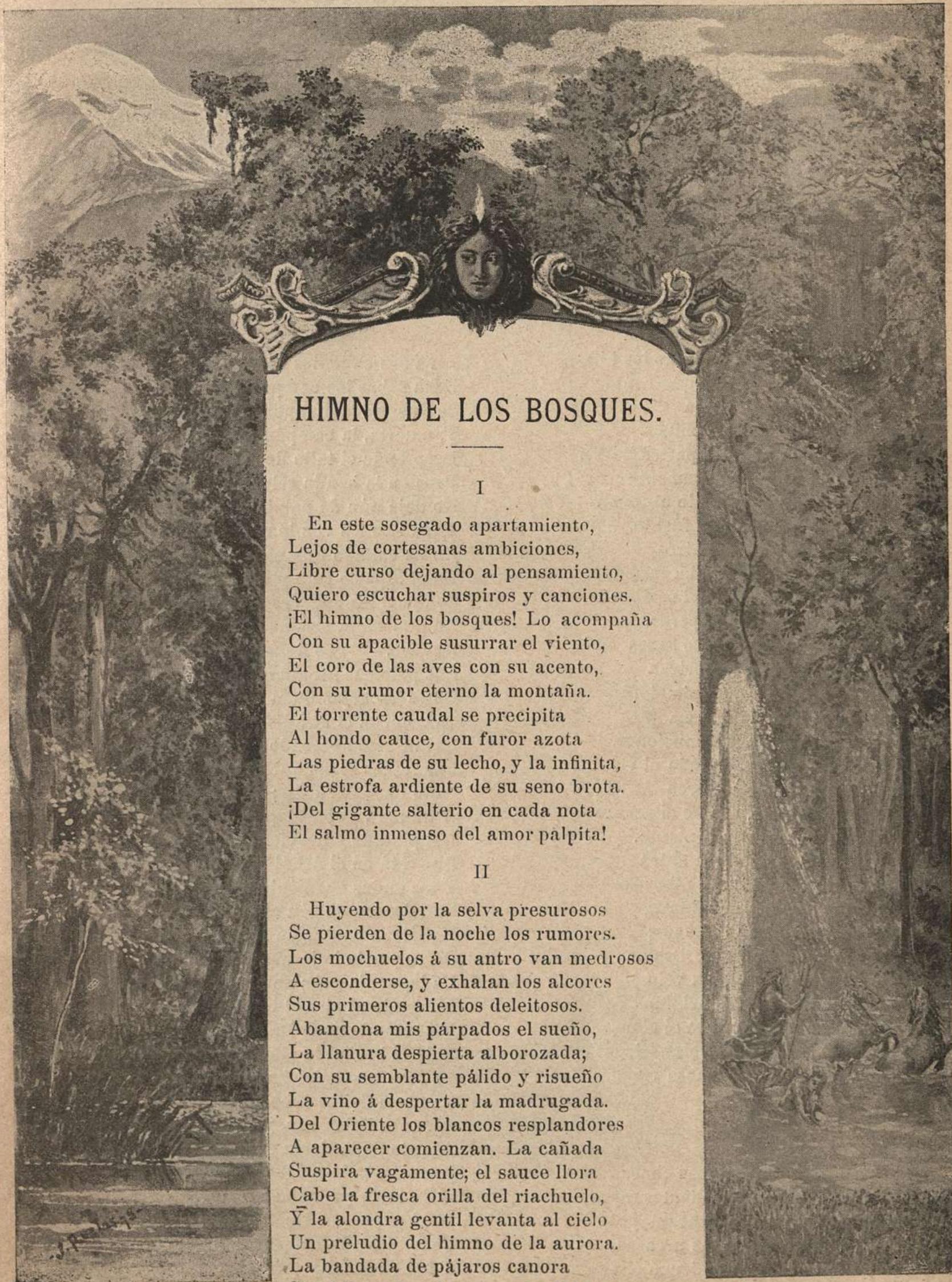


REVISTA MODERNA

ARTE Y CIENCIA.



HIMNO DE LOS BOSQUES.

I

En este sosegado apartamiento,
Lejos de cortesanas ambiciones,
Libre curso dejando al pensamiento,
Quiero escuchar suspiros y canciones.
¡El himno de los bosques! Lo acompaña
Con su apacible susurrar el viento,
El coro de las aves con su acento,
Con su rumor eterno la montaña.
El torrente caudal se precipita
Al hondo cauce, con furor azota
Las piedras de su lecho, y la infinita,
La estrofa ardiente de su seno brota.
¡Del gigante salterio en cada nota
El salmo inmenso del amor palpita!

II

Huyendo por la selva presurosos
Se pierden de la noche los rumores.
Los mochuelos á su antro van medrosos
A esconderse, y exhalan los alcoces
Sus primeros alientos deleitosos.
Abandona mis párpados el sueño,
La llanura despierta alborozada;
Con su semblante pálido y risueño
La vino á despertar la madrugada.
Del Oriente los blancos resplandores
A aparecer comienzan. La cañada
Suspira vagamente; el sauce llora
Cabe la fresca orilla del riachuelo,
Y la alondra gentil levanta al cielo
Un prelude del himno de la aurora.
La bandada de pájaros canora
Sus trinos une al murmurar del río.

Gime el follaje temblador; colora
 La luz los campos, las montañas dora
 Y á lo lejos blanquea el caserío.
 Y va creciendo el resplandor y crece
 El concierto á la vez. Ya los rumores
 Y los rayos de luz hinchán el viento,
 Hacen temblar el éter, y parece
 Que en explosión de notas y colores
 Va á inundar á la tierra el firmamento.

III

Allá tras las montañas orientales,
 Surge de pronto el sol, como una roja
 Llamada de incendios colosales,
 Y sobre los abruptos peñascales
 Ríos de lava incandescente arroja.
 Entonces de los flancos de la sierra
 Bañada en luz, del robledal obscuro,
 Del espantoso acantilado muro
 Que el paso estrecho á la hondonada cierra;
 De los profundos valles, de los lagos
 Azules y lejanos que se mecen
 Blandamente del aura á los halagos,
 Y de los matorrales que estremecen
 Los vientos... de las flores, de los nidos,
 De todo lo que tiembla ó lo que canta,
 Una voz poderosa se levanta
 De arpegios y sollozos y gemidos.

Bala el ganado que á los pastos llevan
 Silbando los pastores. Mansamente
 Pasan los bueyes y mugiendo abreven
 En las lípidas ondas de la fuente.
 Bajo el espeso bosque de raíces
 Que el tronco de las ceibas ha formado,
 Grita el papán y se oye en el sembrado
 El triste cuchichear de las perdices.
 Mezcla aquí sus ruidos y sus sonos
 Todo lo que voz tiene; la corteza
 Que hincha la sabia ya, crepitaciones,
 Su rumor misterioso la maleza
 Y el clarín de la selva sus canciones.
 Y á lo lejos, muy lejos, cuando el viento
 Que los maizales apacible orea
 Sopla del Septentrión, se oye el acento
 Y algazara que, locas de contento,
 Arrojan las campanas de la aldea...
 Es que también se alegra y alborozan
 El viejo campanario. La mañana
 Con húmedas caricias lo remoza;
 Sostiene con amor la cruz cristiana
 Sobre la humilde cúpula; su velo
 Para cubrirlo tienden las neblinas
 Como cendales que le presta el cielo,
 Y en torno de la cruz las golondrinas
 Cantan, girando en caprichoso vuelo.

IV

Oigo pasar bajo las frescas chacas
 Que del sol templan los ardientes rayos,
 En bandadas los verdes guacamayos,
 Dispersas y en desorden las urracas.
 Va creciendo el calor. Comienza el viento
 Las alas á plegar. Entre la fronda,

Lanzando triste y gemidor acento,
 La solitaria tórtola aletea,
 Suspenden los saúces su lamento;
 Calla la voz de la cañada honda,
 Y un vago y postrer hálito menean
 Las áureas puntas de la espiga blonda.

Entonces otros múltiples rumores
 Como un enjambre zumban á mi oído:
 El chupamirto vuela entre las flores;
 Sobre las ondas de cristal fundido
 Cae el escarabajo de colores;
 Mientras que la libélula temblando
 Va sobre los cristales bullidores
 Sus alas sutilísimas vibrando.

El limpio manantial gorgoritea
 Bajo el peñasco gris que le sombrea;
 Corre sobre las guijas murmurando,
 Lame las piedras, los juncales baña
 Y en el lago se hunde. La espadaña
 Se estremece á la orilla susurrando,
 Y la garza morena se pasea
 Al són del agua cariñoso y blando.

V

Ya sus calientes hálitos la siesta
 Echa sobre los campos. Agostada
 Se duerme la amapola en la floresta
 Y, muerta, la campánula morada
 Desprende el tallo de la roca enhiesta.
 Pero en la honda selva estremecida
 No deja aún de palpitar la vida:
 Toda rítmica voz lo manifiesta.
 No ha callado una nota ni un ruido:
 En el espacio rojo y encendido
 Se oye á los cuervos crascitar, veloces
 La atmósfera cruzando, y la montaña
 Devuelve el eco de sus roneas voces.
 Las palomas arrullan en el nido:
 Entre las hojas de la verde caña
 Se escucha el agudísimo zumbido
 Del insecto apresado por la araña.
 Las ramas secas quiébranse al ligero
 Salto de las ardillas; su chasquido
 A unirse va con el golpeo bronco
 Del pintado y nervioso carpintero
 Que está en el árbol taladrando el tronco;
 Y las ondas harmónicas desgarran
 Con desacorde són el chirriante
 Monótono cantar de la cigarra.
 Corre por la hojarasca crepitante
 La lagartija gris; zumba la mosca
 Luciendo al aire el tornasol brillante,
 Y agotando su crótalo sonante
 Bajo el breñal la víbora se enrosca.

El intenso calor ha reseca
 La savia de los árboles; cayendo
 Algunas hojas van, y al abrasado
 Aliento de la tierra evaporada,
 Se revienta la crustula crujiendo.
 —En tanto yo, cabe la margen pura,
 Del bosque por los sonos arrullado,
 Cedo al sueño embriagante que me enerva
 Y hallo reposo y plácida frescura
 Sobre la alfombra de tupida hierba.

VI

Trepano audaz por la empinada cuesta
Y rompiendo los ásperos ramajes,
Llego hasta el dorso de la abrupta cresta,
Donde forman en himno á toda orquesta
Los gritos de los pájaros salvajes.
Con los temblores del pinar sombrío
Mezcla su canto al viento, la hondonada
Su salmodia, su alegre carcajada
Las cataratas de lejano río.
Brotó la fuente en la escondida gruta
Con plácido rumor, y acompasada,
Por la trémula brisa acariciada,
La selva agita su melena hirsuta.
Esta es la calma de los bosques; mueve
Blandamente la tarde silenciosa
La azul y blanca y ondulante y leve
Gasa que cubre su mirar de diosa.

Más ya Aquilón sus furias apareja
Y su pulmón la tempestad inflama.
Ronco alarido y angustiosa queja
Por sus gargantas de granito deja
La montaña escapar; maldice, clama,
El bosque ruge y el torrente brama,
Y de las altas cimas despeñado,
Por el espasmo trágico rompido,
Rueda el vertiginoso acantilado
Donde han hecho las águilas su nido
Y su salvaje amor depositado.
Y al mirarle por tierra destruido
Expresión de su cólera sombría,
Aterrador y lúgubre graznido
Unen á la tremenda sinfonía.

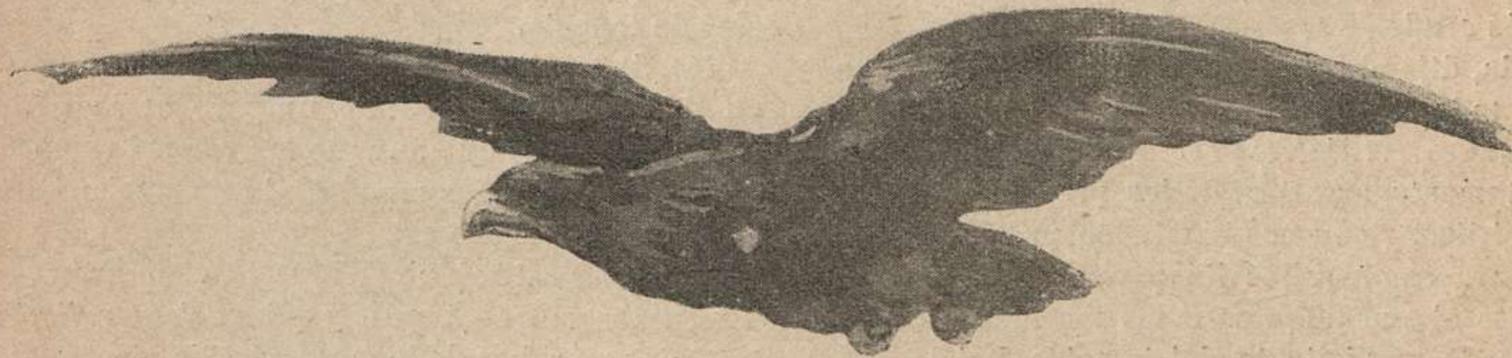
Bajo hasta la llanura. Hinchado el río
Arrastra en pos peñascos y troncos
Que con las olas encrespadas luchan.
En las entrañas del abismo frío
Que parecen hervir, palpitaciones
De una monstruosa viscera se escuchan.
Retorcidas raíces, al empuje
Feroz, rompen su cárcel de terrones.
Se desgaja el espléndido follaje
Del viejo tronco que al rajarse cruje.
El huracán golpea los peñones,
Su última racha entre las grietas zumba,
Y es su postrer rugido de coraje
El trueno que, alejándose, retumba,
Sobre el desierto y lóbrego paisaje.

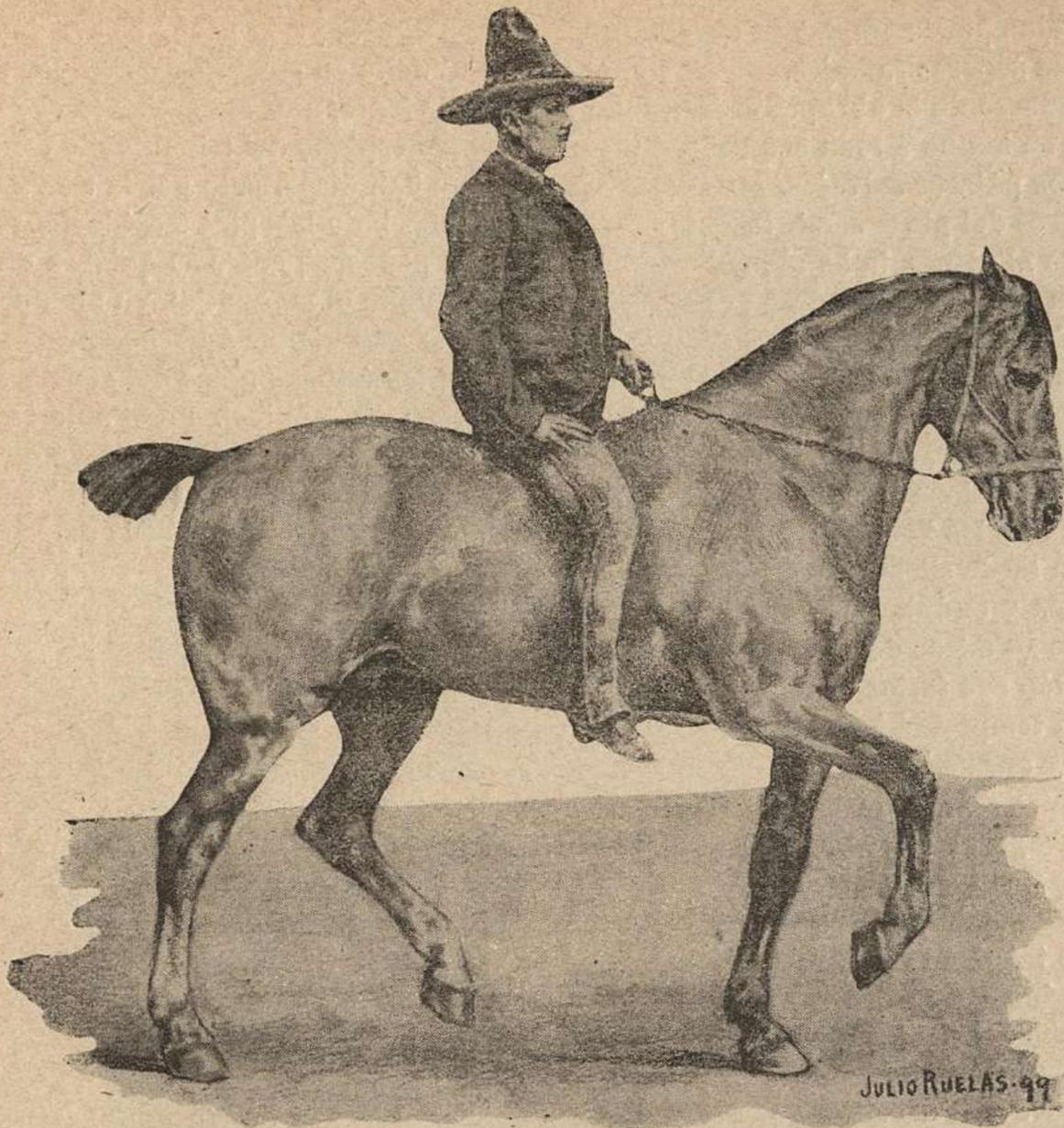
VII

Augusta ya la noche se avecina
Envuelta en sombras. El fragor lejano
Del viento, aun estremece la colina
Y las espigas del trigal inclina
Que han dispersado por la tierra el grano.
Siento bajo mis pies trepidaciones
Del peñascal; entre su quiebra obscura,
Reyuelto el manantial, ya no murmura,
Salta garrulador á borbotones.
Son las últimas notas del concierto
De un día tropical. En el abierto
Espacio del Poniente, un rayo de oro
Vacila y tiembla. El valle está desierto
Y se envuelve en cendales amarillos
Que van palideciendo.—Ya el sonoro
Acento de la noche se levanta.
Ya empiezan melancólicos los grillos
A preludiar en el solemne coro....
¡Ya es otra voz inmensa la que canta!

Es el supremo instante. Los ruidos
Y las quejas, los cantos y rumores
Escapados del fondo de los nidos,
De las fuentes, los árboles, las flores;
El sonrosado idilio de la aurora
De estrofas cremesinas que el sol dora;
La égloga de la verde pastoria;
La oda de oro que al mediar el día
De púrpura esplendente se colora;
De la tarde la pálida elegía
Y la balada azul, la precursora
De la noche tristísima y sombría....
Cual bandada de pájaros errando
Fueron á guarecerse á la campana
De la rústica iglesia, que lejana
Se ve, sobre las lomas descollando.
Y en el instante místico en que al cielo
El *Angelus* se eleva condensando
Todas las armonías de la tierra,
El himno de los bosques alza el vuelo
Sobre lago, colina, valle y sierra;
Y al par de la expresión que en su agonía
La tarde eleva á la divina altura,
Del universo el corazón murmura
Esta inmensa oración: ¡*Salve María!*

MANUEL JOSÉ OTHÓN.





EL CABALLERANGO.

I

—¿Onde vas, hermano?

—Por áhi, hermano, al banco.

—Entra á encachártela; te la convido. Luego dices que yo nunca me abro, y ya lo ves, soy parejo. Ora tengo mis niqueles. . . . ¡oye!

Y al decir esto, quien así discurría, se golpeaba suavemente el bolsillo derecho del pantalón, dejando oír el sonido argentino del dinero.

—Pero si el patrón me está aguardando, y voy por el *Tordo*.

—Andale, entra; aquí está mi compadre Tiburcio. Anoche la corrimos juntos y ahoy venimos á rematarla.

—A curártela, manito; luego se te echa de ver que estás crudo.

—Anda, dijo el primero, empujando á su amigo, ¿de qué te la echas?

—Ya sabes. . . . *dulce*; pero bien picadito. . . .

Y lentamente, arrastrando los pies de un modo característico, y con ese bamboleo particular que tienen para caminar los jinetes consuetudinarios, semejante al que adquieren los marineros con el acompasado movimiento del inestable bajel, nuestros interlocutores bajaron el quicio de una puerta y entraron á la tienda.

Esto pasaba en una de las más concurridas y de mejor parroquia, en la de *La Poblanita*, calle de la

Angostura, centro de reunión de artesanos que hacen san-lunes, de garroteros en descanso, de operarios cesantes y de corredores al pormenor de mercancías y productos nacionales.

—Compadre, ¿de qué la toma?

—Yo, compadre, lo mismo. . . . *vaca*.

—Ya lo oye, doña, dijo el que invitaba; mi compadre Tiburcio repite; para nosotros. . . . ya sabe mi constelación: *beso*. . . . bien picadito.

La expendedora se apresura á servirlos. Frente al compadre puso un gran vaso de fondo estrecho y ancha boca, lleno de plebeyo *tepache* mezclado con rompope, y ante los afectuosos amigos otro mediano, rebosando cierto líquido fragante y de color de topacio.

—No, doña, dijo Tiburcio levantando los hombros con aire gitanesco y dando un paso atrás, ponga eso en dos copas; que aunque los vea así como los ve, sin levita, ni mi compadre ni este muchacho están hechos á tomarlo así.

De quienes así hablaba Tiburcio, viejo garrotero que contaba ya tres *choques* y quince *descarriladas*, eran dos mancebos de lo más escogido y selecto de la gente habilidosa que almohaza corceles, va en pos de médicos de clientela numerosa, acompaña á señores y señoritos acaudalados, y conquista gatas que es un primor, por esas calles que diariamente

caliente con sus rayos de oro el rubicundo Febo; un par de caballerizos ó mozos de espuela, como los nombran nuestros castizos y ceremoniosos abuelos, ó mejor dicho, *caballerangos*, como los llamamos nosotros que, en nuestra ardiente y democrática brega, vamos al trote, si no es que á escape, igualando clases y vulgarizando á maravilla la rica y decorosa lengua de Cervantes.

El uno, que representaba, al parecer, como treinta años, aunque de fijo le faltaba para cumplirlos poco menos de un lustro, era grueso, de tez quemada, de bigote negro é hirsuto, ancho de espaldas, muy estevado, vigoroso, atrevido y hasta insolente. Vestía de blanco: ceñida chaqueta, pantalón estrecho y rebelde chalecho, no muy niveos á causa de la tormenta de la vispera, corrida á media bolina por calles y callejas de los barrios extremos. Llevaba al cuello chillona corbata, y con airecillo de bueno y rasgadote, tenía echado hacia atrás un sombrero gris, alón y muy usado, cuya copa piramidal, apabullada, parecía sujeta en el arranque con anchísima cinta, atada en nudo plateresco de laberínticos y caprichosos enlaces que, á decir verdad, se dejaba á la zaga esos moños tan cucos que con sus lindas manos suelen hacer las damas, para premiar en una corrida de Beneficencia á nuestros aficionados prácticos del arte de Frascuelo.

El otro era gentil y apuesto. Perfectamente conformado, de alta estatura y de cuerpo gallardo y escultural, lucía con donairoza naturalidad un traje que, dadas su condición y clase, era, como las señoras acostumbran á decir, irreprochable.

Elástico pantalón amarillo que ajustaba artísticamente las piernas aceradas y musculosas; chaleco blanco é immaculado, más dócil y sumiso que el de su compañero; chaqueta bien cortada, con ribetes de seda; camisa de color con dibujos caprichosos; corbata de tonos aristocráticos, acaso prenda desechada por el amo y debida á su pródiga largueza; zapatos vaquerizos de suelas gruesas, tacones bajos y prolongadas, agudas y encorvadas puntas; y completando el todo, partes alicuotas de su elegancia genuina, una leontina de acero ennegrecida y un rico jarano de felpa leonada, con galones y calabrotos de seda á la Ponciano, y decorado con descomunal toquilla de monstruosos, esféricos remates

Así vestía; pero lo que había que ver y que observar, eran aquella cara simpática, de color trigueño, algo encendido; aquella nariz correcta, aquellos labios carnosos y sensuales, sombreados por un bozo picaresco, y, sobre todo, aquellos ojos negros, rasgados y despabilados, y aquellas cejas espesas y arqueadas, que eran el sueño y tentación eterna de más de una gata resabiosa, y de más de una niña dengosa y ladina—el más seguro pasaporte para dominar en un bailecito con fueros y privilegios de legítima soberanía, y el más eficaz elemento para sembrar la pingüe simiente de la discordia entre camareras y galopinas, y convertir una cocina en un verdadero congreso de diputados independientes. Era, en fin, un Lovelace de la clase baja, limado en casa rica, bien educado por el amo, cuyos ejemplos son para el caballerango de enseñanza fructífera; en suma, un Don Juan sin tizona y... vestido de charro.

¿Qué más quería para imperar como un César en el corazoncito de tanta gente felina como carga rorros, pasea chiquillos y maneja escobas?

Pero dejemos á nuestros caballerangos que se la *encachen*, como suelen decir en su jerga original; dejémoslos fumar sendos puros y apurar sendos vasitos de *beso de novia*, mixtela que, sea dicho entre paréntesis, para mi gusto, no corresponde á su poético y dulcísimo nombre; dejémosles un rato y tratemos de estudiar el tipo para grato recreo y provechosa enseñanza de todos, que bien se merece el caballerango que emborronemos en honor suyo unas cuantas cuartillas de papel.

II

Es el caballerango un artículo de necesidad y de lujo. Desciende, por lo común, de mayores ó vaqueros llegados á más, ó de artesanos en quienes el amor á la equitación echó tales y tan profundas raíces que llegó á ser herencia de sus hijos.

De ordinario pasa los primeros años de la vida en un banco de herrar, manejando el pujavante y las tenazas y recibiendo coces de las bestias y regaños terribles del maestro, hasta que por favor de algún señorito de aficiones hípicas, sale para servir en una *casa grande*, con el importante encargo de acicalar y poner guapos á los estimables moradores de la caballeriza.

Durante esta época de sus primeros servicios, en que deja, por decirlo así, el pelo de la dehesa y se va puliendo y purificando, no tiene en casa de sus amos representación ninguna ni título siquiera para ser nombrado, y como no sabe ni servir la mesa, ni cepillar una levita, en todo el escalafón femenino de la casa, desde la aristocrática señora y la gruñona ama de llaves, hasta la camarera malmodienta y la maritornes lenguaraz, todas le acusan de flojo y haragán. Pero ¡ah! de aquella larva despreciable é incolora, como una mariposilla de su capullo, ha de salir, el mejor día, el bello y flamante ejemplar que ya conocen mis lectores.

Entonces todo cambia para él, y quien antes se llamaba Pedro ó Juan, á secas, es ya el *caballerango* y tiene un título pomposo en la lista doméstica. Las criadas le miran con respeto, como que es ya merecedor de las confianzas del amo; se le encargan delicadas misivas; se le confían cartas que deben ser entregadas en propia mano; las tardes de corrida lleva á los niños á los toros; sale con las chiquillas de paseo, y, lo que es todavía más honroso para él, recibe la comisión de cobrar dinero. Espera al amo cuando viene tarde, le acompaña si está de viaje, y casi todo el día se está en la puerta, de ocioso, sin que nadie le diga oxe ni moxe, á caza de cigarreras y fregatrices ó acechando á las trasteadoras más relamidas de la vecindad.

No tiene día libre: á todas horas puede ser necesitado, y ni por nada ni por nadie, ni por su mismo amo, se le puede ocupar cuando dice que es hora de *ayatar* caballos ó de llenar pesebres. Frecuentemente dispone de las noches, y con tal que esté de vuelta muy de mañana, ninguno le responde ni le llama al orden, lo cual es causa de rencores y malas voluntades entre sus compañeros de servicio. Ni la misma señora de la casa goza del dere-

cho de preguntarle dónde estaba, de dónde viene, porque la *caballeriza*, la *talabartería* ó el *banco de herrar* le dan al punto una respuesta que no tiene réplica. ¡Son tantos sus quehaceres! . . .

Si se le quiere sujetar no chista; pero á poco amenaza con dejar el servicio, y como cuida tan bien á los caballos y los tiene tan lustrosos como un manto de seda, no se le puede despedir; así vive, y á menos que no vaya á terminar sus días á las órdenes de un cura de aldea, envejece y muere en la casa, amando y respetando á su amo que le mimaba, le viste y le consiente, y llega á ser, á veces, por su fidelidad y amor á los niños, á quienes enseña á cabalgar, una especie de ayo que de ordinario saca *muy buenos y aprovechados* discípulos.

Pero el tiempo más interesante del caballerango es el que sirve á jóvenes ricos y solteros; éste es calavera, coleador y charro en toda la extensión de la palabra, enamorado y valentón. Es como el confidente de su amo; sabe todos sus secretos; conoce todos sus líos; anda en todos sus trapicheos; le guarda la espalda en todas sus aventuras, y participa de todas sus diversiones.

Justo es decir que sabe pagar tanta benevolencia con un amor sin límites, con una admiración invencible. Todo lo de su amo es lo mejor: nadie monta mejores caballos que él; nadie es más rumbo que su señor, ni más guapo, ni más valiente, ni más afortunado en amores, ni otro ninguno tiene queridas más bonitas. Cuando éstas piñen con su señor, suele acontecer que hereda la encomienda, y por lo menos, conserva la amistad. ¡Gran fortuna que le permite conocer y chacotear con los individuos más conocidos del género! Pero sucede, en ocasiones, que el señorito asienta la cabeza, entra en juicio, se enamora, se casa, y entonces el caballerango no se hace ni se acostumbra á la nueva vida. El amo, como todo neófito, se torna exigente, quiere poner en orden á su escudero, éste no acepta el yugo y . . . se va.

Entonces, si no encuentra otro amo á su gusto, cosa difícil, se hace chalán ó se dedica al toreo (si tiene valor y dotes para ello), y llega á ser un picador de cartel de las *primeras Plazas de la República*, conservando siempre en el fondo de su corazón un cariño sincero para su amo.

Si estas cosas no le entran, ni tiene viveza para vender potros inútiles como potros de mejora, ni para ocultar los defectos de un caballo y dar con él un *palo* á los aficionados poco inteligentes, pára en una hacienda, y si le gusta la vida aventurera del soldado, ó con los años no asienta la cabeza, se

engancha en la Gendarmería Rural, endosa la blusa larguísima que recuerda la camisa de fuerza de las casas de orates, y se planta el jarano gris con las colosales letras bordadas de plata: E. V., que lo mismo pueden decir *es valiente*, como rezan, según el acuerdo del Gobierno: *Estado de Veracruz*.

En esta carrera pierde sus hábitos de lujo y de pulcritud; pero ni olvida sus buenos tiempos, ni pierde la costumbre de calzar bien, ni se le acaba la afición á las hembras, y sigue, por esas calles de Dios, requebrando criadas, conquistando gatas y chuleando nodrizas. Esto cuando va franco, porque cuando va en armas se contenta con guiñarles el ojo, así, á la pasadita, con el aire de un César al frente de sus legiones vencedoras. Tal es el caballerango.

III

Nuestros dos amigos tomaron ya sus copas. El uno se quedó con el compadre Tiburcio y continúa *encachándosela* y departiendo confidencias de amores y de aventuras, después de discutir con gran calor quién posee los mejores caballos de la ciudad, mientras el otro vuelve ya del banco, montando en pelo un hermoso caballo tordo-rodado, fogoso, lleno de brío, de gallardo y majestuoso *tranco*.

Vedle: ¡qué bien sentado va! ¡Con qué elegancia y soltura deja caer las piernas escultóricas! ¡Con qué donaire lleva el sombrero jarano! ¡Con qué maestría gobierna el piafante corcel!

Las mujeres que pasan le miran con interés, los chicos le contemplan con la boca abierta, y los inteligentes de la calle salen á la puerta para verle, en tanto que él, dueño de la situación, pasa orgulloso como un rey. Al cruzar bajo los árboles, por frente á la tienda donde están sus amigos, ni siquiera se digna volver la cara para saludarlos. Estos lo ven pasar y dicen:

—¡Ay va ése! ¡De veras que es bueno el *Tordo*!

—¡Y qué buen jinete lleva!

El compadre Tiburcio se lo queda mirando con tal interés que se le duermen los ojos; el otro sale á la puerta, se echa el sombrero hacia atrás, y bamboleándose, toca palmas y grita:

—¡Manuelito! ¡Manuelito!

¡No te la echas! Oye: si la güera se enoja con tu patrón, pártete. . . yo sé lo que te digo!—Y completa el consejo con una ruidosa carcajada.

Nuestro jinete, enrojecido por la indiscreción, saluda levantándose lentamente el sombrero, y sonriente y dichoso prosigue su camino triunfal.

RAFAEL DELGADO.



ELOGIO.

A LA MEMORIA DEL ILMO. SR. OBISPO DE CORDOBA FRAY MAMERTO ESQUIÚ, O. M.

Un báculo que era como un tallo de lirios,
Una vida en cilicios de adorables martirios,
Un blanco horror de Belzebú,
Un salterio celeste de virgenes y santos,
Un cáliz de virtudes y una copa de cantos;
Tal era Fray Mamerto Esquiú.

Con su mano sagrada fué á recoger estrellas.
Antes cansó su planta dejando augustas huellas
Feliz pastor de su país;
Ahora corta el padre las sacras azucenas;
Sobre esta tierra amarga cogía á manos llenas
Las florecillas del de Asis.

¡Oh, luminosas Pascuas! ¡oh, Santa Epifanía!
Sálvete, flores martirum! canta el clarín del día
Con voz de bronce y de cristal.
Sobre la tierra grata brota el agua divina;
La rosa de la gracia su púrpura culmina
Sobre el cayado pastoral.

Crisóstomo le anima, Jerónimo le doma,
Su espíritu era un águila con ojos de paloma;
Su verbo es una flor.
Y aquel maravilloso poeta, San Francisco,
Las voces enseñóle con que encantó á su aprisco
En las praderas del Señor.

Tal cual la Biblia dice, con cimbalo sonoro
A Dios daba sus loas. Formó su santo coro
De Fe, Esperanza y Caridad:
Trompetas argentinas dicen sus ideales,
Y su órgano vibrante tenía dos pedales,
Y eran el Bien y la Verdad.

Trompetas argentinas claman su triunfo ahora.
Trompetas argentinas, de heraldos de la aurora
Que anuncia el día del altar,
Cuando la hostia, esa virgen, y ese mártir, el cirio,
Ante su imagen digan el místico martirio.
En que el Cordero ha de balar.

Llegaron á su mente hierosolimitana
La criselefantina Divinidad pagana,
Las dulces musas de Helicón;
Y él se ajustó á los números severos y apostólicos
Y en su sermón se escuchan los sonos melancólicos
De los salterios de Sión.

Yo, que la verleniana zampoña toco á veces,
Bajo los verdes mirtos ó bajo los cipreses,
Canto hoy tan sacra luz;
En el marmóreo plinto cincelo mi epigrama,
Y bajo el ala inmensa de la divina Fama
Grabó una rosa y una cruz!

RUBÉN DARÍO.

SEIS APOLOGIAS.

JESUS URUETA.

Se ha repetido con insistencia que aquí se elogia incondicionalmente á propios y extraños.

Sólo diré, defendiendo la parte que pueda corresponderme en la imputación, que por temperamento y por experiencia, me siento más propicio á escribir pasquines que apologías, entre otras muchas razones, porque en las personas que corporan nuestra cismada tropa intelectual hay un buen tanto por ciento de mites de incensario y pluma de grajo á quienes deberíamos aproximarnos con un látigo en la mano.



¿Acaso han visto los motejadores á través de nuestros elogios el morboso anhelo de verlos correspondidos con rédito usurario en alguna hoja redactada por esos preciosos ridículos que tienen el parencéfalo repleto de la materia que integra la palabra de Cambrone?

¿Osaría alguno negar que hemos tenido el valor de permanecer solitarios en el momento en que los dromedarios medrañ y cegados por la falsa luz de la gloriola imaginan de buena fe que de sus jibas antiestéticas nacerán las ágiles alas del Pegaso?

¿Se nos ha visto padecer las megalomanías de Amado Nervo, ese sonámbulo del modernismo, que cuando tañe su enervada lira creyendo estremecer las siete ciudades que se disputaban á Homero, só-

lo logra que aborten las cursis lectoras de sus versos hiperestesiados?

Sé de una Aurea que, después de leer El Prisma Roto, padeció ictericia.

He admirado siempre á los admirables, pues creo que la exaltación admirativa es piadosa y férvida cuando ensalza á una individualidad indiscutible; á mi juicio, el panegírico es un lirio que debe caer como religiosa ofrenda en el albo plinto donde un artista verdadero se arrodilló contrito para orarlo á la belleza.

Jesús Urueta, igual á los que le han precedido en mis peanes, es un artista de mérito indiscutible, por eso me ocupo de él con una admiración tan sincera y levantada, con un entusiasmo que podrán justipreciar en su íntegra significación, los temperamentos que como el mío, sean capaces de amar lo bello con una beatitud encumbrada por encima de las cosas de la tierra.

¡No me importa que al eco de esta afirmación aullen y enseñen sus colmillos todos los perros C-nópolis!

* * *

Cualquiera que se encaminase hacia el vetusto Palacio de Justicia, para asistir, por estudio de costumbres ó por entretenimiento de mal gusto, al paralipómeno de uno de esos dramas del alcohol, el hurto ó el puñal, que con tanta frecuencia se verifican en las sentinas donde empolla sus huevos amarillos nuestra gleba, el turista ó el ocioso que ocupase un rincón del viejo salón de jurados para atisbar desde allí al delincuente posado en el banquillo, vería instalarse en el pupitre del acusador público á un joven vestido con sencillez y buen tono á un mismo tiempo, de mediana estatura y frágil economía, un tanto cargado de espaldas (como si los hombros no fuesen suficientemente vigorosos para soportar el peso de su interesante cabeza), que portaba bajo el brazo, no un pliego congestionado de sofismas, no una paratitla de conclusiones jurídicas, sino uno de esos libros que tanto amamos nosotros, uno de esos volúmenes de pasta amarilla y títulos negros que llegan con las parisinas novedades á los anaqueles de Raul Mille.

El más trivial observador, el cronista más analfabético, el repórter más pazguato, el Don Carabajo más zopenco, habían notado á la primera impresión de su retina que aquel no era el lugar del primer prosista mexicano.

¡Parecía un pájaro del paraíso aprisionado en la jaula de los gavilanes juristas!

Al destacarse su figura sobre el fondo penumbroso de los muros, se antojaba un hábil modelo para un estudio de Whistler ó una agua fuerte de Jacquemart.

La frente muy amplia y prominente, tirando á napoleónica, coronada de una voluta de finísimo cabello castaño y con dos ó tres arrugas bosquejadas, procedía á la bóveda de un cráneo desarrollado con el vigor necesario para contener en su interior todas las eclosiones del pensamiento. la nariz epicúrea y con los signos característicos del sensualismo remataba bajo sus dilatadas y ham-

brientas fosas en un pequeño bigotín cuyas cortas guías florecían pálidamente con oros y serpentes de áureo brillo... eran sus ojos abultados, de un verde diáfano y sin nebulosidades marinas, con mucha niña, de expresión un tanto felina, á veces fulminantes y fosfóreos como agresivas flamas de carbunco ardiendo en la cápsula de una tuberosa caída sobre los terciopelos de un túmulo templario.

Era uno de los hombres de ojos verdes del poema en prosa de Charles Baudelaire.

Abstraído en una divagación infinita contemplaba la torre aérea que se erguía de la lumbre de su cigarro, multiforme y mansa, hasta disolverse en la atmósfera viciada, dejando como postrimeros rastros de su fantástica arquitectura, unas cuantas pinceladas de humo que el aire rasguñaba.

En ese instante en que el alma del artista oscilaba, tal vez en los voluptuosos edenes del ensueño, ó emigraba á los minaretes de alguna entrevista Visapur, sonaba la bronca voz del juez que le ordenaba hablar.

Levantábase con pereza visible y abordaba la barra de la acusación social, luego, incoaba pausada y sobriamente el exordio, después se hacía el prodigio....!

No era un vulgar abogadillo de esos que se ven todos los días alardeando de sapiencia con los viejos moldes papinianos, no era un circulador de la moneda falsa del ingenio como tantos y tantos que, dados los ejemplos políticos que tenemos, harán carrera y serán ministros, no, era un magno tribuno, un tribuno poeta, Chatham ó Vergniaud.

De los labios ninfeos de aquel mozo que momentos antes se abandonaba en la silla con la ecuanímica indolencia de Esmindrido, brotaba la palabra eléctrica y viril, hecha cláusulas de diafanidad indeficiente, interpretando un verbo luminoso y nuevo que se revelaba en figuras y excursos que culminaban generosos y lípidos como rumor de lejanas campanas de plata repicando á rebato..... á medida que desarrollaba sus teorías el orador su dialéctica crecía tomando proporciones sobrehumanas y desmesuradas casi, se ensanchaba con impulsión gigantea, difundíendose como la claridad de un astro que iluminara todo el ensombrecimiento del orbe en una tempestad en que las nubes bramaban como leonas parturientas..... se agigantaba, posesionándose de la conturbada multitud por gradaciones ascendentes hasta hacerla reventar las válvulas de la compostura para estallar al fin ebria de entusiasmo, á pesar de la prohibición legal, en gritos, palmas y exclamaciones exaltadas..... los periodos adquirían sonoridades wagnerianas y metálicas fulguraciones, las metáforas se enfloraban de vocablos selectos y al poderoso esfuerzo sugestivo del tribuno herían el oído por igual manera el ritmo suave de los salterios de los ángeles en la mañana gloriosa del génesis, que los truenos apocalípticos en la hora de las divinas venganzas.... sabía, como ninguno, encontrar la palabra fuerte, la palabra que es amor cuando emociona, rayo olímpico cuando castiga, elevación beatífica cuando evoca, y poesía! santa y egregia poesía! cuando exhala claridades y adamantinas flamescencias al conjuro de un apóstrofe conceptuoso é ilustre co-

mo el corazón de un imperial diamante... era allí un quiromante que llevaba las almas por los florecidos senderos que conducen á Damasco un ilusionista del talento que hacía desfilar ante los ojos atónitos del auditorio pintorescas y ricas cabalgatas... su lógica, rotunda y neta, compacta y sin fisuras, ineludible y concisa, templada por la incessante vibración de unos nervios sonoros y férreos como cuerdas de una harpa babilónica fundidas con acero de espadas de nibelungos, hacía pensar en los maestros de las escuelas de Athenas y de Jonia, en el *estilo* y la toga desplegada de Cicerón acusando á Clodio desde la rostra de las arengas decorada con proras de navíos de que habla Tito Livio.

¡Con razón se indignaban los viejos licenciados!

¡Cómo combatir á ese Telémaco dilecto de Phalax y fácil descifrador de los problemas de Minos!

¡Con razón el público asistente habitual á los procesos lo miraba poseído de pavuras y atonías!

Acaso en aquellas incultas cabezas germinaba una idea contraria á la de las buenas viejas de Ravena al columbrar la roja túnica talar del visionario discípulo de Virgilio.

.....Este hombre va al infierno!

Cuando con motivo de alguna conmemoración solemne, llevaba á la sala una alocución estudiada, triunfaba ineludiblemente de los demás oradores, quienes quiera que ellos fuesen.

Los estultos lo suponían simbólico y luciferiano, los poetas populares (¡oh galápagos!) escorzando la osatura y atormentando la faz en un gesto que podría muy bien interpretarse como el agrio rictus de la imbecilidad, pronunciaban en medroso tono la palabra sangrienta ¡decadente! los literatillos castizos que para conseguir que su nombre se mencionara en gacetillas se ahorcan del cordón umbilical de cualquier preceptista ortodoxo y desprestigiado, tachábanlo de culteranismo, los envidiosos se indignaban porque adolecía del imperdonable defecto de tener demasiado talento, y los moderados propalaban que era violento, ignorando acaso aquella fórmula de Hugo en que afirmaba rotundamente que ser agresivo es ser fecundo!

....Jesús Urueta descendía impasiblemente los escalones de la tribuna como bajaría un semidios las gradas de un altar después de ser holocaustizado en el Apoteosis.....

* * *

Este lírico tan virtuoso no ha intentado nunca rimar dos consonantes ni ha procurado jamás encajar en los eslabones del hemistiquio la calenturienta cesura de un yambo evocador.

Su prosa, elocuente y plástica, está siempre adornada de frases de garboso rasgo que adquieren sonoridades de una brillantez detonante al serpear por sus nervaturas las rojas y potentes savias poéticas del genio!

Ha logrado vencer todas las naturales rebeldías del trozo no rimado hasta darle implacables alburas helénicas y misteriosas tenuidades musicales.

Ningún secreto de la gran ciencia de escribir le es desconocido.

Se arriesga al análisis psicológico con el valor

del investigador que prescindiendo de complicaciones é insubstanciales sentimentalismos anhela extraer una gema de visos nuevos del fondo del humano enigma, clava el bisturí analítico, sin sentir estremecimientos de novel cirujano ni alardear osadías de presuntuoso operador, de ahí, que haga la disección íntima de un espíritu enfermo ó en la plenitud del perfeccionamiento psíquico sin terminar su experimento con las manos ensangrentadas y el rostro descompuesto como tantos analistas de actualidad que lo mismo despedazan almas que degollarían cerdos en cualquier cochinería de Kansas ó Chicago.....!

Ha visto á la mujer, á la moderna Melusina, de una manera muy semejante á Gabriel d'Annunzio, pero al tratarla en romance como documento, no deprava sus pasiones genésicas con las voluptuosidades matoideas ni las desenfrenadas demencias carnales de que tanto gusta el estilista italiano y que se antojan producidas por una mixtela en la que se empleasen como substancias primas entrañas de cabrío y polvos de cantárida.

Es naturalista cuando quiere y trabaja en los casos que ve con el conocimiento científico y filosófico de un aplicado alumno de Emilio Zola, pero sin la rudeza ingénita del apóstol de la combatida escuela, sino atenuando las situaciones brutales y los extravíos de la bestia con los colores de su opulenta paleta y los matices de su mágico pincel meridional.

Quiere eso decir que sea un imitador....?

¡En manera alguna! Jesús Urueta tiene un espíritu excesivamente delicado, á modo del poeta de las Metamorfosis ha recibido de la Musa una pluma arrancada á las alas del Amor, en su personalidad literaria hay fibras simpáticas á todas las revelaciones emotivas, internas y externas, que puedan traducirse por la forma consistente y muda, por la imagen imprecisa y presentida, ó por el símbolo efectivo ó mitológico.

Es un Magnífico Vidente que ha tocado ya con la punta de sus dedos tremulentos el velo ingrátido de la buena Isis....

*
*
*

No olvido la última ocasión en que estuvimos unos cuantos con el artista próximo á partir.

La cita fué en el chalet de Chucho Valenzuela y acudieron á ella los muy íntimos.

Después del almuerzo recitó José Juan Tablada unos versos dedicados al viajero.

Fuimos luego al campo á retozar en los gramales pringados de florecitas silvestres, como caterva de estudiantes en asueto.

Leandro Izaguirre saltaba en las lavas petrificadas del pedregal con la rara agilidad de un cabro poseído de celoso júbilo, Balbino Dávalos caminaba preocupado, tal vez pensando en un incunable ó en alguna anciana Lisistrata, Tablada hablaba de Richepin con Urueta que seguía con la vista el orto de Venus emergiendo de la fragua crepuscular, y Valenzuela, con la picardía del viejo Pirron, refería cuentos á Rubén Campos que, cautivado por la charla del poeta, olvidaba á su muy amado Ovidio....

Cuando ya la noche se había hecho totalmente y las constelaciones ¡los aderezos de Urania! fulguraban sobre el negro capelo que se levantaba del enorme circo de montañas, silbó á lo lejos la locomotora, apareció muy luego como un fabuloso gusano de luz, y entonces, en un verdadero sálvese el que pueda, corrimos á la estación.....

Sin saber cómo nos encontramos un poeta y yo en un mismo compartimiento.

¿Qué misteriosa pena se apoderó de los dos haciéndonos callar?

¿La deprimente mansedumbre de aquella tarde huraña en que la naturaleza somnolienta y á todo indiferente parecía presagiar catástrofes para los que quedábamos, era la causa de nuestra tristeza?

¿Estaríamos condenados á permanecer estacionarios hasta el advenimiento de un naufragio del que no sobrenadarán ni los ideales?

¿Era esa conturbación de nuestras almas el relámpago heraldo del desaliento que aniquila las fuerzas como el rayo?

¡Encenderemos un faro en medio del eclipse!

CIRO B. CEBALLOS.

¡MAÑANA...!

Señora:

Un horizonte rosa pálido y lila,
Una aurora de ensueño, temblorosa y lejana,
Finge vagos orientes en la sombra malsana
Donde flota mi espíritu—leve flama intranquila—

Vuestros ojos—dos urnas de pulida obsidiana
Donde un haz de diamantes cabrillea y titila—
Elaboran los fuegos de esa aurora tranquila
Que se esparce temblando por mi sombra malsana.

Sin embargo, Señora, el dolor me aniquila
Al mirar vuestros hombros de imperial porcelana
Que jamás serán míos.... el dolor me amilana

Y sus acres sabores sobre mi alma destila,
Pues sé bién que esa aurora rosa pálido y lila
No será sino un cielo tenebroso mañana....

PARA UNA PÁLIDA.

Reyna:

Ya desfloraron los trovadores,
En tu obsequio, la dulce canción de amores
Y en una melancólica serenata,
Hablaron de tus ojos intriguadores.

Vibra aún, á lo lejos, y se dilata
La voz de sus laudes, llorosa y grata....
¿Permitirás que mueran, ahora, mis flores
Bajo tus esarpines azul y plata?

Reyna:

No sé qué aromas vertiginosos
Elaboras y exhalas, tan peligrosos
Como el olor malsano de los venenos;

Pero siento rebeldes escalofríos
Cuando sueño que pongo mis labios fríos
En la epidermis pálida de tus senos....

ANTENOR LESCANO,

TRÍPTICO.

(A Oscar J. Braniff).

I

Dijo el bufón: «Señor, de tu armadura
Despójate al tornar de la cruzada,
Mas no busque tu frente fatigada
De su pálido seno la blandura;»

«Teme al vino que en copa cincelada
Ella brinda á tu sed; teme á la impura
Y á ese fulgor de su pupila obscura
Que parece en amores anegada!»

«Oríana te odia! Fementida
Cae en tus brazos á tu amor ajena
Y la traición bajo su pecho anida....»

Calla el bufón y en el silencio suena
Triste como una eterna despedida
La serenata de ternura llena....

II

La panoplia en la sombra centellea
Y erizada de aceros vengadores,
Se ofrece del feudal á los furores
Para que el crimen castigado sea!

Clara noche nupcial! Noche de amores!
Eros enciende luminosa tea;
Mas la desgracia surge y aletea
Nublando tus estrellas y tus flores....!

Brilla el puñal que la tiniebla ignota
Con relámpago vivo desbarata....
Un ¡ay! de muerte en el silencio brota

Y de la luna entre el fulgor de plata
Deja escapar también su última nota
De angustia y de pasión la serenata....

III

Empapa su gloriosa cabellera
En el fulgor lunar la castellana
Y en el mármol de gótica ventana
Llena de angustia, y de pavor espera.

Tiembla y presente la desgracia arcana
Cuando escucha á sus pies, en la pradera,
De su lebrél la queja lastimera,
Triste y profunda como queja humana....

Sobre un charco de sangre que fulgura,
De su lebrél el pavoroso aullido
Vibra de horror entre la noche obscura.

Y cree la castellana, en su locura,
Oír al desplomarse sin sentido
La serenata llena de ternura....!

JOSÉ JUAN TABLADA.

México, 1899.



BASES DEL FEMINISMO CIENTIFICO.¹

LA CONDICIÓN JURÍDICA DE LA MUJER.

I

Hace ya muchos años que se gasta tiempo y energías en las exteriorizaciones inocentes de un feminismo á base de filantropía, de humanitarismo y de justicia. Creo que ya es hora de acabar con esas manifestaciones de *feminismo idealista* y comenzar una serie de estudios y agitaciones en que en-

¹ Creyendo útil conocer las opiniones en que está dividido, sobre esta cuestión, el pensamiento del mundo intelectual contemporáneo, en sus grupos jurídico, literario y sociológico, se está realizando una *enquête*—á la que ya han respondido, entre otras eminentes personalidades, Max Nordau, Lombroso, Pantaleoni, Novicow, Sighele, Ferrero, etc.—por iniciativa del Dr. Guillermo Gambarotta, del foro de Milán, auspiciado por varias de las mejores revistas europeas de sociología.

En la circular—invitación que hemos recibido se formulan las siguientes cuestiones, cuyo palpitante interés no escapará á nadie.

Cuestión única principal.—La mujer igual, jurídicamente, al hombre: con derechos idénticos á los de éste.—La mujer igual, jurídicamente al hombre: con derechos diferentes pero equivalentes á los de éste.—La mujer no igual, jurídicamente, al hombre: con derechos menores que los de éste.

Son tres fórmulas que sintetizan tres programas. ¿Cuál de ellos es preferible? ¿El preferible es realizable?

Cuestiones secundarias, complementarias.—1.º Los amores de una mujer, desde el punto de vista moral, deben ser juzgados lo mismo que los amores de los hombres? En otras palabras: ¿el "derecho de amar" debe ser igual en la mujer y en el hombre?—2.º ¿La mujer casada tiene el derecho de ganarse la vida con su propio trabajo?—3.º ¿La madre tiene igual, mayor ó menor derecho que el padre de cooperar á la educación de la prole?—4.º ¿Idem al desarrollo de la prole?—5.º ¿Es admisible el derecho del voto para la mujer? político y administrativo, ó bien el uno ó el otro solamente?

Cuestión última facultativa.—Vuestra esposa, si tuviera derechos iguales á los vuestros, ¿podría pareceros menos seductora, menos amable?

Dos de estas cuestiones, la condición jurídica y el derecho de amar, encaradas con amplitud de criterios, encierran nuestra respuesta á la *enquête*.

tren menos todas esas palabrotas del lirismo social y se dé mayor cabida á los criterios, más acertados, del criticismo científico y á los métodos y documentos rigurosamente positivos que serán la verdadera fuerza del movimiento feminista en el porvenir. Haciendo así, se inicia la vida del *feminismo científico*, que es el único que puede y debe preocupar á los que estudian los trascendentales problemas planteados por la sociología y la psicología contemporáneas.

Entre ellos ocupa un sitio de elección la condición jurídica de la mujer; problema que la historia muestra bajo tantos y tan variados aspectos cuando el espíritu se encuentra intentando descifrar los jeroglíficos que las pasadas instituciones jurídicas han grabado sobre las piedras que señalan el rumbo seguido por la humanidad en su eterno movimiento de evolución.

La historia es rica de fenómenos; de cada fenómeno la ciencia puede deducir numerosas enseñanzas.

La leyenda bíblica—simbolizadora de las instituciones de una época—nos muestra á Eva extraída del tórax de Adán para serle compañera; pero después del pecado queda sometida á él: y esta inicua sentencia cúmplase todavía, rigurosamente, entre los pueblos en que fué pronunciada. La historia de muchas tribus primitivas, y de algunas contemporáneas que aún se encuentran en las primeras fases de la vida en sociedad, nos muestra á la mujer como un objeto perteneciente al hombre: se la com-

pra, vende y explota como á un animal de carga; para el cafre contemporáneo «la mujer es el buey del marido». Por su parte, los filósofos, ¡siempre los filósofos! llegaron alguna vez hasta á negar la espiritualidad del alma de la mujer, mientras la afirmaban para el hombre.

Pero ésta, como todas las medallas, tiene su reverso. En la historia de las instituciones religiosas encontramos á la mujer ya sacerdotisa, ya pitonisa. Era la de Diana la destinada al supremo honor de cortar las venas á los extranjeros arrojados por la suerte á las costas de la Tauridía; y era la bárbara druida la que concurría, en las Galias, á los sacrificios romanos. Belkiss, de Saba, Talestria, de las Amazonas, Semíramis, de Nínive, evidencian que en la historia antigua no era imposible á la mujer ocupar la cumbre del dominio político. En la mitología griega fué á nueve mujeres, las musas, que se designó como inspiradoras de la poesía, del arte y de la ciencia; prueba de la consideración en que la mujer era tenida. Platón en su *República*, las admite á gobernar los Estados y dirigir los ejércitos.

No obstante esa multitud de hechos contradictorios sin hilación aparente, surge, para la sociología, la necesidad imperiosa de buscar cuáles son las relaciones existentes entre la condición jurídica de la mujer y su condición social, pues, evidentemente, las instituciones jurídicas son correspondientes á determinadas formas sociales, y son variables como éstas y con éstas.

Spencer, admitiendo que las sociedades evolucionan del tipo militar al tipo industrial, encuentra que hay asociaciones naturales entre el militarismo y la poligamia y entre el industrialismo y la monogamia. Entiendo que tanto la premisa como las conclusiones son aproximativamente exactas, pero incompletas y deficientes, pues se limitan á constatar la modalidad de un fenómeno sin explicar sus condiciones de esencialidad. Labriola afirma que Darwin no fué el filósofo de su ciencia; acaso pueda algún día afirmarse otro tanto de Spencer.

Desde que la Sociología comenzó á estudiar las instituciones sociales, constató, como primeros fenómenos, su evolución en el tiempo y la existencia de vínculos determinados entre todas las correspondientes á una misma forma de organización social. De allí surgen algunas evidencias: 1º Las instituciones jurídicas que determinan la situación de la mujer evolucionan; 2º Cada una de esas instituciones es harmónica con las demás instituciones sociales de cada momento histórico; 3º Son determinadas por la forma de organización social.

Los estudios históricos y científicos de Morgan, Engels, Letourneau, Marx, Lafargue, Loria, han demostrado que las condiciones del ambiente económico—determinado por los sistemas que rigen la producción y el cambio en armonía con las condiciones del ambiente natural—son las que determinan las diversas formas de organización de las sociedades humanas y las diversas relaciones de los individuos, los grupos y los pueblos entre sí. La forma de la familia, la situación de la mujer en ella, su capacidad como productora y consumidora ante el doble criterio de la conveniencia del individuo

y de la especie, no están excluidos de la concepción general de los fenómenos históricos. Luego la condición jurídica de la mujer varía, en general, paralelamente á su condición económico-social.

Aparentemente la moral y los sentimientos sociales de caridad y filantropía, debieran jugar una considerable influencia sobre la situación jurídica de la mujer. No es así. La moral, en sus múltiples formas y evoluciones, está principalmente subordinada á las condiciones de hecho del ambiente en que se desenvuelve—y léase al respecto la obra magistral de Aquiles Loria;—los sentimientos sociales también lo están, y lo prueban así el asesinato de los ancianos por sus mismos hijos y el asesinato selectivo de los niños, cuando se considera que su capacidad de producción será inferior á su capacidad de consumo; esos expedientes económicos son usados por muchas tribus salvajes ó bárbaras.

En las relaciones económicas de los grupos sociales se ha encontrado la explicación de todas las formas familiares desde la promiscuidad—«ó matrimonio comunal» de Lubbock—hasta la monogamia, á través del matriarcado y del patriarcado, de la poliandria y de la poligamia—que Spencer clasifica, más racionalmente, como poliginia. Y, correspondiendo á esas instituciones domésticas, diversas situaciones de la mujer en la familia y la sociedad y condiciones jurídicas diferentes.

La promiscuidad primitiva se transforma en familia matriarcal cuando surge la necesidad de intensificar la producción con el trabajo asociado por causa del aumento de la población; el patriarcado es correspondiente á una nueva necesidad del perfeccionamiento en la asociación del trabajo para la producción; la monogamia tiene sus vínculos con la propiedad individual.

La condición de la mujer en la familia, y por consiguiente su condición jurídica, varía junto con su grado de dependencia económica del hombre. La supremacía de éste sobre el resto de la familia es debida á que él es quien la mantiene; alguien ha hecho notar el paralelismo existente entre esa supremacía y la económica de las clases sociales: en una sociedad con esclavitud la mujer equivale jurídicamente á una esclava del marido, en una sociedad feudal á una sierva ó vasalla, y en la sociedad capitalista equivale á una asalariada.

El mismo cafre que dijo á John Barrow que «la mujer es el buey del marido» agregó: «ha sido comprada y por consiguiente debe trabajar;» allí la mujer, jurídicamente, no puede ser más que una esclava. En cambio en la República de las Amazonas, que gracias á los historiadores griegos ha salido de la leyenda para ingresar á la historia, ofrece el ejemplo de lo contrario: en un pueblo en el cual las mujeres producen ó conquistan todos los medios de subsistencia que necesitan, ellas son absolutamente independientes de todo yugo masculino; allí la situación jurídica de la mujer es la privilegiada, pues los hombres aprisionados en las batallas son, social y jurídicamente, esclavos.

Se observa que, en general, la situación social de la mujer en la historia ha mejorado progresivamente; y también que el desarrollo creciente de las fuer-

zas productivas en todos los grupos sociales salidos de la barbarie ha hecho cada vez menos dependiente á la mujer del hombre, por cuanto dentro de la familia monogámica, económicamente mantenida por el hombre, la manutención de la mujer ha sido progresivamente menos gravosa; de allí una tendencia á su exacta compensación por medio de los servicios domésticos prestados por la mujer. O, en términos más rigurosos: la cantidad de trabajo gastada por el hombre para mantener á su mujer se aproxima á la gastada por la mujer en el hogar en beneficio del hombre. Vemos, pues, que siempre marchan paralelamente la situación económico-social y la jurídica de la mujer.

¿Cómo debe, pues, encararse el problema en nuestros días?

En primer lugar se constata un hecho—un hecho es más que un argumento:—la elevación jurídica de la mujer es una tendencia indiscutible en el desenvolvimiento histórico, y es correlativa á un mejoramiento de su situación económico-social. En segundo lugar la condición jurídica de la mujer no puede ser *de hecho* ni más ni menos elevada que aquella. El obtener en nuestros días una nivelación jurídica del hombre y la mujer sería una simple conquista *formal* y no *esencial*; pues aunque el código los nivelara, las condiciones de hecho de la vida, dependientes de las condiciones naturales y económicas del ambiente, harían persistir el presente desnivel.

Es evidente, pues, que la primera condición requerida para la igualdad jurídica del hombre y la mujer es su igualdad económica y social.

La opinión divídese en dos campos, entre los contemporáneos: Feministas y Antifeministas. Hace ya algún tiempo Proudhon y Stuart Mill dieron sobre el tema las dos notas más vigorosamente opuestas. Para el primero, la mujer es un diminutivo del hombre, inferior á él, física, moral é intelectualmente. «Inferior ante el hombre, desde todos los puntos de vista, es algo como un término medio entre él y el resto del reino animal.» Para Proudhon la mujer no podría ser jurídicamente responsable hasta los 45 años; y su condición jurídica debería ser incomparablemente inferior á la del hombre.

Para Stuart Mill, la mujer y el hombre son iguales, por su intelectualidad y sus sentimientos, por su corazón y su razón. Ella, como él, puede y debe participar á la dirección de la familia y del Estado; todas las carreras y profesiones, manuales é intelectuales, deben serle accesibles; con esto la familia ganaría esposas inteligentes y madres instruidas, y la sociedad adquiriría artistas, profesores, sabios, funcionarios, y quizás gobernantes concienzudos y honrados. «En los pueblos libres, la justicia debe ser el principio cardinal y no puede admitirse que en la célula social, en la familia, persista la tiranía. La sociedad no puede ser una república en general y una aglomeración de monarquías en su detalle; una sociedad semejante no puede prosperar, pues encierra una contradicción que es germen de destrucción fatal.» Para Stuart Mill es justa y humanitaria la nivelación jurídica del hombre y la mujer.

Todos los feministas contemporáneos han segui-

do, consciente ó inconscientemente, las huellas de Stuart Mill; han hecho del feminismo una cuestión de justicia, de razón, de humanidad, etc., y han creído que la elevación de la mujer consiste exclusivamente en la elevación de su condición jurídica. Platonismo inicuo que no puede tener mucha influencia sobre la emancipación de la mujer.

Es con otros criterios, rigurosamente científicos, que la sociología debe buscar la solución del problema; y creo que con ellos no puede sino llegar á esta conclusión:

La igualdad jurídica del hombre y la mujer está subordinada al previo nivelamiento de sus condiciones económico-sociales. Ese nivelamiento será posible, y solamente entonces, cuando la presente forma de producción capitalista haya evolucionado hacia su forma inmediata superior caracterizada por la socialización de todas las fuerzas económicas de producción y de cambio, y por una división cada vez mayor del trabajo y su mayor simplificación y accesibilidad para cada individuo. Entonces todos los individuos, hombres y mujeres, podrán ser iguales en su carácter de unidades útiles de la producción social. Y cuando el hombre y la mujer sean, de hecho, socialmente iguales, no podrán dejar de serlo jurídicamente.

Verdad es que la Naturaleza, con el fin único de la reproducción de la especie, ha diferenciado á los individuos de la especie humana en machos y hembras, determinando en ellas condiciones fisiológicas que los hacen diferentemente aptos para realizar las diversas formas del trabajo requeridas para satisfacer las condiciones de reparación que substituyen el desgaste del individuo y de la especie. Creo que esas diferencias, que no contienen ningún germen de superioridad, deberán ser tenidas en cuenta por la legislación del porvenir, que será, forzosamente, una legislación científica.

Luego: *La mujer igual, jurídicamente, al hombre, con derechos diferentes de los de éste, pero equivalentes á ellos; la realización de este programa está subordinada á una evolución previa de la presente organización social.*

Creo que en esos términos debe plantearse el programa del *feminismo científico*.

II

EL DERECHO DE AMAR Y LA PLURALIDAD AFECTIVA.

Al inquirir si los amores de una mujer, desde el punto de vista moral, deben ser juzgados lo mismo que los amores de los hombres; ó, en otras palabras, si el «derecho de amar» de la mujer es igual al homónimo del hombre, se plantea el problema más importante de la psicología afectiva, que hasta ahora no ha sido convenientemente abordado por los muchísimos que han escrito de él, casi siempre con criterios profundamente desacertados.

Se ha exagerado, y se exagera todavía, al hablar ó escribir, la importancia de las funciones sexuales y afectivas en la mujer; el hecho se ha repetido desde que dijo Hipócrates: «*Fœmina est quod est propter uterum,*» hasta que escribió Mme. de Staël: «Toda la vida de la mujer se reduce á un episodio, que es el amor.» Y sin embargo, se ha considerado, por

lo general, más amplio para el hombre el derecho de amar, que para la mujer. El hecho se explica porque, al tratar estos problemas, los sentimientos afectivos suelen entrar en juego, desplegando su omnipotencia en perjuicio de las ideas, cuyo poder es normalmente inferior al de ellos; y de allí que el hombre al tratar de determinar los límites del «derecho de amar» de la mujer, no lo hace siguiendo un proceso mental, sino obedeciendo á un proceso sentimental, que en último análisis despotiza sobre la voluntad, obedeciendo en este caso á las formidables instigaciones del «egoísmo sexual.» Pero la interpretación científica de este problema, debe desligarse de toda influencia de los sentimientos, so pena de no ser científica; la mayor expansión é intensificación del individuo es, en gran parte, dependiente de la educación subordinadora de los sentimientos y del predominio siempre mayor de las ideas sobre la voluntad. Jules Payot escribió un libro muy inteligente y muy lírico sobre esta cuestión.

Los hechos comprobados científicamente, son los que pueden argüir en la cuestión. La herencia de fuerzas psíquicas al estado latente—que podría llamarse en adelante *inneidad psicológica*—no presenta diferencias relativas al sexo del individuo; las modalidades y finalidades naturales de su afectividad son análogas: cópula para la reproducción de la especie; su *perceps* y *recept*s sensitivo es absolutamente el mismo. Luego los individuos machos de la especie humana no *nacen* diferentes de los individuos hembras, desde el triple punto de vista de su intelectualidad, de su afectividad y de su sensibilidad.

Sin embargo, es indiscutible que en esas tres formas principales de la vida del individuo se notan, en los adultos, diferencias notables: la intelectualidad media del hombre es mayor que la de la mujer; algunas sensibilidades presentan una inversión de esos coeficientes; la afectividad presenta diferencias cualitativas y cuantitativas en ambos sexos. Pero esas diferencias y esta observación, son de una importancia capitalísima, no son innatas sino adquiridas, son la resultante de la doble acción ejercida por la educación y el ambiente sobre el individuo.

Vemos, pues, que el potencial afectivo, ó capacidad afectiva, ó coeficiente de afectividad (elijan los buscadores del *bon mot*), es igual en los individuos de ambos sexos y que en las condiciones de desarrollo se encuentra la causa de las diversificaciones que experimenta en los adultos de uno y otro sexo. Así como se modifican ciertas especies vegetales, sometiénolas á especiales sistemas de cultura; así como se modifican las especies zoológicas, bajo las influencias de determinadas condiciones ambientes—como los criadores refinan los caballos y los médicos atenúan la virulencia de los microbios,—de la misma manera el ambiente de una época dada, determina criterios morales dados, que por medio de la educación modifican la intelectualidad, la afectividad y la sensibilidad de los individuos.

El ambiente y la moral no son cosas fijas y universales; lejos de eso, la moral es una noción abso-

lutamente variable en el tiempo y en el espacio. Las condiciones cósmicas y sociales influyen sobre la moral de una manera directa y absoluta. Por moral no puede entenderse más que el criterio medio, variable en el tiempo y en el espacio, con que se juzga una acción determinada. No hay una moral; hay morales, ó, más bien dicho, hay un criterio con que se juzgan actos, que es constantemente variable y no igual en todas partes.

En armonía con la moral se ha condenado el parricidio y se ha dado muerte al anciano padre enfermo; se ha prestado la esposa al transeunte extranjero y se ha asesinado á la esposa adúltera; se ha regado con sangre el altar de los dioses y se ha condenado los sacrificios sangrientos; se ha vivido en la promiscuidad y se ha predicado la castidad. Esto último para que el más alto enfermo de la filosofía universal, Nietzche, pudiera afirmar en su nueva moral que «predicar la castidad es una obra perniciosa.»

Creo que sistematizar en códigos la moral, darle una norma científica, pretender fijar sus futuras modalidades, intentar subordinar á ella las energías individuales ó colectivas, es el más profundo de los errores, y no lo han conseguido ni lo conseguirán los filósofos ni los sabios—ya merezcan mi más profundo respeto científico, como Guyau, ó mi más tierna conmiseración, como Janet.

Además, la moral es variable para cada clase social, para cada época de la vida, para cada temperamento individual, y conduce á considerar bueno ó malo un acto que no lo es para otro ú otros, y á considerar justo ó injusto lo que resulta ser precisamente lo contrario para los demás. Se deduce que en la imposibilidad de guiarse por un código de moral «natural,» los grupos humanos se guían por un código «convencional,» que es siempre impuesto por los más fuertes.

El sexo masculino, más fuerte económicamente que el femenino, le impone un código moral que le beneficia de una manera exclusiva, pues atribuye al hombre *derechos* que consagra como *delitos* en la mujer; verbigracia: el adulterio. Con esto viola las bases naturales de la vinculación afectiva de los sexos, pues ésta no puede existir sino entre iguales. Por su parte las mujeres ricas casadas con hombres que no lo son, se preocupan de exigir á éstos una rigurosa fidelidad reservándose el derecho de serles infieles.

Esta moral, que es simple convencionalismo, no puede sino ser perniciosa á las expansiones de la afectividad de la mujer. Recuerdo la invectiva de Nietzche: La moral contra natura, es decir, casi toda la moral enseñada hasta hoy, está dirigida, precisamente, en sentido opuesto á los instintos de la vida.

La compra de la mujer ó del hombre, en uso en algunos pueblos primitivos, persiste aún; es verdad que su existencia es menos aparente, pero esto se debe á que la simulación está perfectamente protegida por una adaptación al código moral de nuestra época; es un verdadero mimetismo moral. El egoísmo sexual se parapeta detrás del embuste del convencionalismo para hacer siempre exacta la noble protesta de María Deraismes: ó el hombre ase-

sina á la mujer porque le resiste, ó la desprecia porque le cede.

Este carácter convencional de la moral hace que, en primer lugar, la unión legal, el matrimonio, se haga obedeciendo á otros móviles que no son los afectivos, generalmente el interés; en segundo lugar se atribuye más moralidad é importancia al vínculo legal que al vínculo afectivo, produciendo esas dos causas el fenómeno, cuya constatación no ha escapado á la sociología, de que el amor aparece más tarde, después del matrimonio, con todo su vigor y su atrevimiento y se implanta fuera del círculo matrimonial, trayendo como lógica consecuencia el engaño recíproco del hombre y la mujer.

Esos hechos evidencian dos cosas: que el código moral presente no está en armonía con la naturaleza humana, que no pudiendo encerrarse en su círculo de hierro, se ve obligada á romperlo frecuentemente; y que es un código impuesto por los individuos económica y socialmente privilegiados, los hombres, en perjuicio de los socialmente inferiores, las mujeres.

Esos dos hechos cuya observación se hace cada día más general y extensiva á los miembros de toda la escala social, producen una reacción contra el código moral vigente y determinan una corriente contraria á la superioridad moral y social del vínculo legal del matrimonio sobre el vínculo afectivo, reacción que Spencer ha constatado y explicado perfectamente.

De esos fenómenos—y de otros muchos de psicología afectiva que no es del caso referir,—llegamos á una concepción nueva del problema afectivo, que, por otra parte, puede armonizarse perfectamente con las más recientes nociones adquiridas en el terreno experimental por la psicología científica.

A mi juicio existen en el individuo, macho ó hembra, condiciones psicológicas esenciales que determinan en él la «pluralidad afectiva,» es decir, la «aptitud de cada individuo para sentir emociones afectivas de carácter sexual hacia varios individuos del sexo opuesto.»

Los spencerianos y los socialistas consideran que la monogamia es la forma superior de la organización de la familia y se limitan á demostrar que á la presente forma de unión legal sucederá una forma monogámica de unión libre por elección afectiva. Y no se equivocan.

Pero es un profundísimo error creer que esa forma monogámica es la última que revestirá la familia; es una contradicción en los evolucionistas creer que la familia dejará de evolucionar en cuanto una evolución posterior chocara sus sentimientos. Es tan absurdo como las negaciones de los que, siendo beneficiados por la presente organización económica, pretenden detener, negándolas, sus futuras transformaciones. Felizmente esto no es posible; pues si la evolución es la ley superior de la existencia y de la vida, ella tiene que realizarse no obstante y á pesar de los sentimientos y los intereses de los individuos.

En la unión libre monogámica por elección afectiva, esas ideas y sentimientos individuales se modificarán tendiendo á aproximarse nuevamente á sus formas naturales, alejándose cada vez más de

todo convencionalismo traducido en restricción legal. La afectividad siendo múltiple en los individuos, éstos tenderán insensiblemente á emanciparse del yugo de la monogamia extendiendo en toda su amplitud su potencial afectivo sobre uno ó más individuos del sexo opuesto y uniéndose sexualmente con ellos por mutuo consentimiento y por el tiempo que dure la afinidad afectiva.

La manutención social de los hijos, que los spencerianos y los socialistas admiten, es la única condición esencial para esa evolución posterior y para el funcionamiento del sistema.

Spencer, en la conclusión del cap. VIII de «Instituciones domésticas,» defiende la monogamia con este argumento de resumen: «todas las ideas y los sentimientos hoy asociados al matrimonio requieren necesariamente la unión simple.» Pero Spencer, á cuyo genio tanto debe la teoría de la evolución, olvida que esos sentimientos y esas ideas no pueden estar excluidos de la concepción evolucionista. No existían en otra época los que hoy inducen á considerar como sagrada la unión monogámica legal é indisoluble; ahora comienzan á desintegrarse aflojando su rigorismo legal superafectivo, aceptan el *collage*, y preparan, por evolución, la génesis de las ideas y los sentimientos harmónicos con la unión libre prevista por casi todos los sociólogos. Pero éstos, á su vez, evolucionarán tendiendo á aproximarse más á las condiciones naturales de la «pluralidad afectiva,» hecho inevitable y que, sin embargo, las ideas y los sentimientos presentes hacen aparecer monstruoso á la inmensa multitud de pensadores superficiales.

Algunos creerán que se trata de una simple vuelta al pasado, de una simple regresión á la promiscuidad primitiva; y esto sería una prueba de absurdo, pues la historia enseña que la civilización no presenta verdaderas regresiones á las instituciones de sus épocas salvaje y bárbara.

Una regresión existe, pero es puramente formal, produciéndose sobre los caracteres externos; ella es, por otra parte, el mejor argumento científico en favor de esta concepción. Una de las leyes menos conocidas, y no por eso menos cierta que las demás científicamente comprobadas, es la ley de regresión aparente, intuida por Dramard y explicada y defendida brillantemente por Enrique Ferri. Esta ley constata que todas las instituciones sociales vuelven á revestirse de las formas que tuvieron en períodos históricos primitivos. El fenómeno, según Ferri, ha sido intuido ó constatado parcialmente por Cognetti de Martiis para las instituciones económicas, por Carducci para la literatura, por De Hartmann para la esencia de las ideas religiosas, por Spencer para las instituciones políticas; Ferri lo evidencia refiriéndolo á la propiedad y á la penalidad. Creo que la concepción de la evolución como un movimiento helicoidal es la que mejor explicaría esta ley.

Sin embargo, los partidarios de la unión monogámica pueden vivir sin alarmarse; las transformaciones sociales no se producen á saltos, y mucho menos las que están custodiadas por ideas y sentimientos secularmente arraigados. Acaso esta regresión aparente de la institución familiar requiera



algunos cientos ó miles de años para ser completa; pero por eso no dejará de producirse, ni es menor la satisfacción intelectual de poder hacer su previsión científica.

Por sobre las alarmas de los sentimientos está la ciencia que sabe, con Lucrecio, el sabio poeta naturalista, que: «Todo es metamorfosis: siempre un flujo nuevo desaloja las cosas viejas y el eterno cambio rejuvenece el Universo.»

JOSÉ INGEGNIEROS.

LA CAIDA DE LAS ESTRELLAS.

LECONTE DE LISLE

A JESÚS E VALENZUELA

Caed, oh perlas desatadas,
Pálidos astros en el mar!
Niebla de rosas deshojadas
Del horizonte surge ya;
El viento empuja con el ala
Una onda inmensa que resbala
Envuelta en viva claridad;
Caed, oh luces de Bengala,
Oh estrellas pálidas, al mar!

Hundid la frente en las espumas
Del misterioso abismo azul.
El día alborota y rasga brumas
Y baña cumbres con su luz;
Del bosque emerge himno sonoro
Que asciende al cielo en blando coro
De arrobadora excelsitud.
¡Caed, rodad, gotas de oro,
En el inquieto abismo azul!

Huid, oh astros aún lejanos,
Oh Paraísos por venir!
La aurora ríe y con sus manos
Esparce luz blanca y sutil;
Suelta su clámide de llamas
Y en la esmeralda de las ramas
Riega topacios y rubís;
Huid, oh mundo que nos llamas,
Oh Paraísos por venir!

Las tibias noches de Occidente,
¡Oh estrellas pálidas, poblad!
Su vista clava el sol ardiente
En el sembrado y el erial;
Cruzan los ciervos á bandadas,
En busca de agua, las cañadas
Y el ruido humano asorda ya.
Huid ¡oh blancas desterradas,
Oh estrellas pálidas, al mar!

¡Oh taciturnas del olvido!
Feliz quien va por donde vais;
Feliz quien rueda sumergido
En la sombría inmensidad.
Ave del cielo, en él se lanza;

Odio y amor y desconfianza,
Todo lo humano deja atrás.
Lámparas llenas de esperanza,
Llevadme ya por donde vais.

BALBINO DÁVALOS.

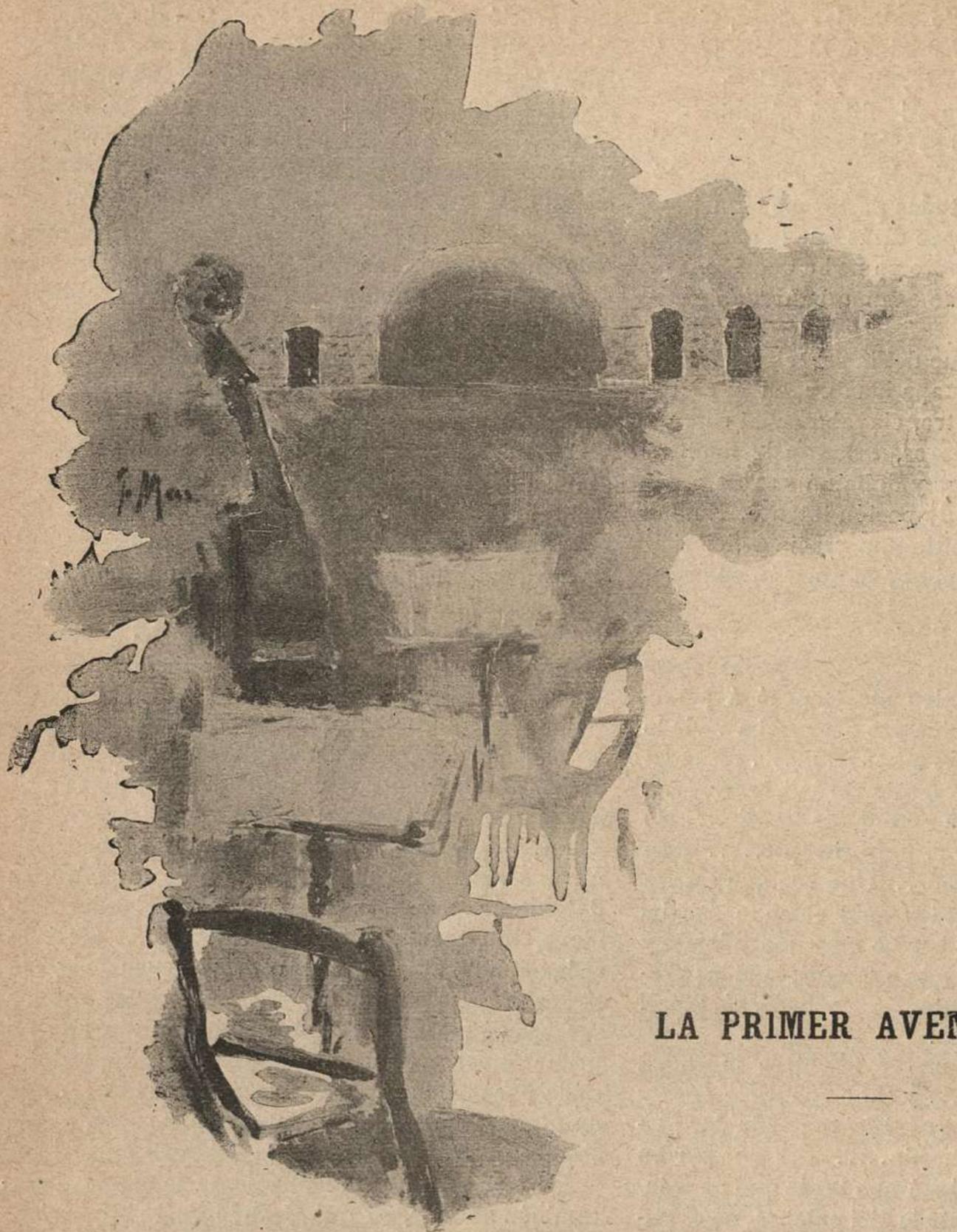
SOL DEL DOMINGO.

—Sol del Domingo, al son de la música y giro del carrousel. Carrousel, tio vivo, calesitas, todo es uno, ante el sol del domingo y los ojos infantiles... Las sonrosadas risas de los niños van como llenando de rosas el recinto; y allí, en las jirafas de madera, en los elefantes, en los poneys, van juntos el niño rico que llega con su ayo y el niño pobre, para quien ha ahorrado la madre trabajadora el precio de ese gozo rápido y armonioso. Y el niño se divierte, en un tiempo momentáneo, va en los aires, le brota en los ojos una luz. Los niños no saben el verso de Verlaine, *Tournez, tournez, petits chevaux*.... Pero yo no puedo ir á ver girar las calesitas sin acordarme del divino y pobre Lelian, que fué un niño sobre la tierra en su camino de dolor. *Tournez, tournez, petits chevaux*.... La caja de música derrama sus valeses, sus sonatas; deslíe en el aire sonoras Constantinoplas, vagas y lejanas Venecias; y al impulso acústico los caballos, los elefantes, las jirafas de madera, siguen girando, girando, girando. Y los niños todos están risueños, y aguardan su turno para ir á la grata vuelta, al giro harmónico que da la ilusión de un vuelo. Todos los niños contentos, menos ese pobrecito que se come con los ojos los caballos.... y su madre no tuvo que darle este domingo.... *Tournez, tournez, petits chevaux*....

—Sol del Domingo, en el bulevar. El obrero va vestido de nuevo, con los hijos de la mano; el pequeño burgués se ha calzado las botas flamantes, y luce en el abdomen la gran cadena de oro macizo: es Benito....; la señora Benito junto á él, empingorotada, no puede casi con su humanidad de un enorme número de kilos; rebosa en ella la salud y la gordura, y sus manos forman á modo de cinco butifarras entre los mitones. El sombrero, imposible y detonante, solamente se siente vencido por el adorno de la falda, que hace vibrar trescientas chirimías, del amarillo escatológico al rojo sangre de toro.

Su marido la lleva á remolque, por la larga avenida, y en esos cerebros no pasa más chispa que la del color del cartel que anuncia una nueva bebida ó una comedia nueva; descansan de la incubación del jamón de mañana. A su lado, les envidia la modistilla que no sabe que en sí lleva mayor riqueza que la que ha acaparado el dueño del almacén; la lleva en sus ojos de grandes ojeras, en su seno que revienta el corpiño, en su talle de ánfora, en su andar que modela bajo el paño de afuera la pompa de adentro.

RUBÉN DARÍO.



LA PRIMER AVENTURA.

—Mi primer aventura de amor nada tiene de romántica, y si me trae su recuerdo una emoción dolorosa, es precisamente por el desencanto atroz que me produjo cuando tan soñador era yo entonces, cuando recitaba á mis compañeros estupefactos, de memoria, sin faltar ni una sílaba ni una coma, capítulos enteros de la “María” de Jorge Isaacs.

—No, señores,—continuó el amable doctor, lentamente, contemplando el cristal de su vaso,—en nada se parece mi primer aventura estudiantil á esas tan diabólicamente alegres y truhanescas que tan bien nos han contado Vdes.

Es triste; interesante, pero cruel, sin poesía, repito. Uno de esos dramas de esta sociedad hipócrita y convencional.

Al principiar mis estudios de segundo año en la Escuela Preparatoria, me sentía transfigurado.

¡Estaba orgulloso de no ser ya un *perro*, como llaman los estudiantes de los cursos superiores á los de primer año!

¡Ya podría ser un audaz calaverón y engolfarme en maravillosas aventuras; tener novias y hasta queridas, fumar en boquilla de ámbar y beber mis copitas los domingos, qué diablo!

Soñaba yo con una mujer que se apasionara de mí hasta el delirio y por la que habría de abrigar un amor tremendo; su hermosura sería maravillosa, tan grande como su infortunio, porque, naturalmente, tendría que ser muy desgraciada, unida por déspota padre con un feroz marido, —un tigre—un desalmado con el cual habría yo de batirme en su oportunidad, atravesándolo, por supuesto, con magnífica estocada!....

Toda esta vulgar novela, bien nutrida de intrigas y episodios sentimentales, soñaba yo, creyendo que sería lo más natural del mundo y que pronto principiaría su prólogo.

Ante todo, lo que procuré y conseguí, creyéndome un político sagaz, un terrible Richelieu, fué la amistad de un estudiante de quinto año, inteligente, fuerte como un diablo, un fronterizo ingenuo y bonachón.

Pronto me tuvo real cariño, y como gustaba de oírme leer versos y de los versos que le hacía, fuimos inseparables. Viví en su mismo cuarto, un bonito cuartucho, limpio, bien arreglado y casi lujoso para un estudiante á quien su familia manda treinta pesos al mes.

Sucedió que un día que charlábamos alegremente en el corredor, á caballo sobre las sillas, vimos subir por la escalera que conducía al tercer piso á una mujer de soberbio porte, alta y graciosa.

—¡Mira tú qué regia mujer!—dije á mi amigo.

—¡Hombre, hombre! ¡Si es ella!

—Vendrá á ver la vivienda que se desocupó ayer. ¡Caramba, á todas partes me sigue!

—¡Anda fanfarrón, á poco dirás que te enamora!

—Palabra que sí, pero yo no he querido. Antes me daba miedo porque es una de *la vida airada*. Ya te contaré.

Entonces comprendí que debía ser cierto lo que él me decía, porque la guapa hembra, en el corredor alto, opuesto al nuestro, clavaba en mi compañero sus grandes ojos claros, orlados de amplias ojeras que los embellecían y daban á su rostro, algo ajado, un relámpago de pasión intensa. No era hermosa, pero sí desprendía una gracia deliciosísima. Sus movimientos rápidos, su ademán coqueto, su boca risueña, la rejuvenecían.

—¡Es un *jamón* espléndido!

—Sí. y ya te digo. á los pocos meses de haber llegado á México me empezó á perseguir. Notaba que siempre procuraba vivir lo más cerca que pudiera de mi cuarto. Aun en la misma vecindad. Y yo, la verdad, *le corría*. ¡Figúrate que *la tenía* un coronelote feroz! No me inspiraba miedo él. pero siempre. después pasó á un viejo rico. Una vez que estuve enfermo de calentura, quien sabe como lo sabría, me fué á visitar. yo estaba muy mortificado y ella estuvo velándome hasta que sané; le dí las gracias y me besó en la frente. y lloró, tú, ¡lloró! Un día me dijo mi amigo:

—Eres un bruto; esa mujer te quiere mucho, á todos pregunta por tí. y sabe cuanto te pasa y todo lo que haces. ¡*pártele!* te puede dar plata. Andale, no seas bestia. —Y que por fin me decidí, hombre; la visité una tarde que no estaba el viejo. ¡Qué gusto le dió! palabra, no es *papa*. me dió pasteles y fruta; se sentó á mi lado, y me estuvo besando. bueno. pues cuando la abracé y quise desabotonarle el saco, se puso colorada, y me dió un manazo que *me tiró*. yo volví á la carga, diciéndole:

—Pero *chula*, ¿qué modos son esos. *Andale!*.—Ella entonces se levantó y me dijo:

—Mira, Juan, nunca vuelvas á hacer eso. Yo te quiero como amigo, mada más como amigo, ¿lo oyes? y que tuve que irme. y se quedó llorando. volví otra vez, y lo mismo: lágrimas. ¡vaya un raro amor que no me hace feliz!—pensé, y ya no volví; pero ella me sigue.

—¡Estará local!—Mirala, tú, de veras, cómo te mira!—Y efectivamente, pude ver con qué insistencia, con qué húmedo brillo de ternura lo miraba.—Ha de ser una sentimental, una pobre mujer que vive del vicio y ama con el corazón y con el alma á mi amigo. No; yo sí la amaré con pureza; yo me haré de su alma, conquistaré su corazón—medité siguiéndola con la vista.

Y la gentil mujer, alta y majestuosa, sonriente y provocativa, bajó ligeramente por la escalera, y ya en el patio, levantando su pequeña cabeza miró á Juan durante un minuto con sus grandes ojos cla-

ros muy tiernos, húmedos de pasión. Aun me pareció que lloraban. Oh! si, ahora que abarco el sombrío drama, comprendo que debieron llorar lágrimas de sangre aquellos grandes ojos de amplias orlas oscuras. Y su boca de labios gruesos. ay! pero marchitos, apenas, purpurados entonces, insinuaron una sonrisa que se desvaneció en un gesto dolorosísimo, una contracción angustiosa de sus mejillas empalidecidas en un apagamiento mortal.

Aquello duró sólo un minuto. ella sin duda no había reparado en mí, porque al verme se enrojeció y con brusca sacudida nos volvió la espalda sobre la que caía en pliegues majestuosos un chal de seda negra con largos flecos.

Desapareció. y más de tres minutos permanecí de codos sobre el barandal del corredor, las manos sobre las sienes, sumergido en la sentida narración de mi amigo, iluminada por la gracia sugestiva, extraña y sentimental, semi-coqueta y triste de aquella mujer cuya locura me parecía sublime y de cuya alma enfangada en el vicio del que emergían incólumes sus alas nítidas, anhelaba la conquista.

Soñaba en lo bello, en lo melancólico y dulce de un amor así. en la eterna ilusión sagrada de toda juventud, en el despertar rosa del primer crepúsculo de la existencia: redimir por el amor puro á lamujer prostituida, inflamar con un soplo de ternura divina la marchita floración de las miserias del mundo, transfigurándola con resplandores de nieve, infinitamente blanca, ¡virgen! ¡Sería la redención de la mujer caída! ¡Oh ensueño! ¿Qué mejor prólogo para la novela de mis altas quimeras. ¿Qué mejor idilio para el drama ideal de mi primer amor? Aquella mujer sería la predestinada por el Eterno para decidir de mi vida. y su aparición frente á mí, radiante y misteriosa, no era sino la fúlgida primer estrofa del gran poema!

Así meditaba yo ingenuamente mientras Juan, también absorto, escurabajando frases inverosímiles con un carboncillo en el margen de un texto, canturreaba un aire de zarzuela tandesca. Debía sufrir en su amor propio; casi lo noté arrepentido de la confesión ingenua que en un raptó de confianza desbordó rápidamente, porque, habiendo desaparecido ella, me dijo, golpeando mi cabeza con un brutal manotazo:

—Ah ¡cómo eres malo tú, hombre! A poco ya te enamoraste de ella. Pues te la paso. Con seguridad que está *chiflada* y se viene á vivir allá arriba. y tú la enamoras y nos divertimos, á ver si contigo cae. no tengo celos. Ya verás—y el buen Juan me miró sonriendo.

—Tú eres el malo, hermano. ¡No la has comprendido! Es una pecadora de amor. Su alma tiene sed de pureza.—Y continué en larga tirada lírica, realmente emocionado.

Tres días después ya la extraña «pecadora de amor», como la *nombraba* yo sinceramente, se había instalado en la vivienda segunda del piso alto. Su mueblaje, relativamente lujoso, nos deslumbró, sobre todo la enorme cama de latón y los cortinajes de seda carmesí.

¡Un paraíso encantado me prometía encontrar en la vivientita de *la pecadora!*

Mas cuando en la noche oimos ruido metálico de acicates y espada y salimos al corredor, vimos asomar, á la luz de la farola del patio, la silueta de un oficial de caballería. ¡Era el que entonces *la pagaba!*

—Es muy afecta á los militares, ya lo ves, hermano—me dijo mi amigo socarronamente.

—¡No importa. . . para él la vil mercancía. . . para mí su alma!

Y palabra, amigos, lo dije con sinceridad.

Por fortuna, su capitán, por asuntos del servicio y de familia, visitaba con poca frecuencia á su querida, quien con gran desencanto mio, recibía también la de un vejete almibarado que le obsequiaba pastillas envueltas en billetes de banco.

La visitamos una noche en que estaba sola. Estuve mareado; el perfume exquisito de la sala, el encantador atractivo de la *pecadora* y el cognac que nos obsequió, dieron al traste con mi serenidad. Me hice al instante su amigo, diciéndole mil tonterías sentimentales de las que rió alegremente. Era coqueta y desenvuelta, muy graciosa y de amena conversación. Pude notar que sus magníficos ojos claros de un verde tierno se obscurecían cuando se fijaban en Juan, brillando de ternura, pero aquello era instantáneo. un fulgor de relámpago.

—Oye tú, me dijo una tarde mi camarada—¡si vieras que ella ha vuelto á llorar conmigo, pero *no quiere*. . . . Nada. . . . yo vuelvo á la carga. . . . tú *haz tu lucha* por tu lado. . . . á ver quién triunfa.

—Arreglado—contesté.

Desde entonces emprendimos una activa campaña, un asedio de la plaza en toda regla. En las tardes organizábamos meriendas apetitosas, alegradas con vihuela y canciones del Interior.

Había nacido en Guanajuato, y las costumbres del Bajío parecían evocarse en la vibración de las cuerdas melancólicas, y en los versos ingenuos de las canciones.

A veces solía yo, arrebatado por el perfume caliente de su carne, atreverme á besarle el cuello, en un brusco asalto de macho en brama.

—¡Quieto, quietecito!—gritaba derribándome en la alfombra, de un *revés* á todo vuelo.

Pero aquello me excitaba más aún, y enardecido, congestionado, tornaba al asalto.

Juan, más fuerte que yo y de más edad, era, sin embargo, más tímido, y no se atrevía. . . . Era evidente que yo triunfaba.

Nunca, hasta entonces, había experimentado el apetito de la mujer con tal furia, era por fin el despertar violento de mi adolescencia viril. . . . Casi podía asegurar que era aún doncel, y frente á la mujer en fruto, maduro todavía, temblaba con calofríos que erizaban mis cabellos y humedecían mi frente, sintiendo el vértigo de la posesión en un latigazo brutal.

Debía triunfar y triunfé. . . .

Al obscurecer de una tarde, al extinguirse un crepúsculo que contemplábamos solos en el balcón, entramos á la sala. . . . y sobre el sofá la acometí; resistió con éxito al principio, derribándome varias veces, enrojeciéndome mi rostro á bofetadas, diciendo—*mocoso, mocoso*, quieto; lo acuso con su mamá,

¡No le ataron las manos de niño!.. ¡quieto!.. así, así castigo yo á los *malcriados*, toma, toma!

Y la diabólica hembra, jadeante, deshacía mi abrazo, abofeteándome sin misericordia. . . y yo, redoblando mis fuerzas, más brioso, mientras más azotado. . . . le suplicaba asaltándola furiosamente. . . . —¡Anda, anda, no seas mala, no seas mala!

Rió luego, pareció debilitarse, y por fin ella fué quien cayó de través sobre los almohadones del sofá. . . .

Oculté mi triunfo; saboreé á solas mi felicidad incommensurable; creí que adoraría siempre á aquella mujer que me parecía divina, le juré casarme con ella y otras tonteras del mismo jaez.

¿Juan adivinó mi victoria?

¿Por despecho ó por pasión quiso también dar el asalto definitivo?

No lo sé. . . . no lo he podido saber nunca; pero el caso fué que dos días después, cuando me disponía á entrar á la sala, oí sollozos y palabras suplicantes. . . . Asombrado, me detuve tras el cortinaje. . . . alargué la cabeza y me puse á escuchar.

Jamás olvidaré la terrible escena; las terribles palabras las escucho aún.

—¡Juan, por vida de su honrado padre, por lo que más quiera en la vida, déjeme, no, no quiero, no puede ser. . . . no. . . . no, por Dios, no me bese así! ¡Oh Virgen Santa! ¡Déjeme, que se condena, que nos condenamos!

—¡No, no! Oiga. . . ha de ser mía; por la fuerza ó por amor. . . ¡Vd. se ha burlado de mí, se burla, poniéndome en ridículo, no; ha de ser. . . . ha de ser.

Me era imposible contemplar la posición de ambos; pero Juan, que era grande y fuerte como un atleta, la debía sujetar entre sus robustos brazos. . . . Ella sollozaba, aullaba, suplicaba. . . .

—Aunque llore, aunque llore. . . . esas lágrimas son fingidas. . . . por dentro se estará vd. riendo. . . ya adivino que vd. ha jurado *verme chuela*. . . . desesperarme, jugar conmigo. . . ¿para eso me ha seguido? ¿para eso? no se burlará más. Hubo luego un silencio cortado por jadeos de lucha. Forcejeaban.

De repente sollozó ella.

—¡Santo Dios, perdónalo, perdónalo, Virgen Santa.—¡Oh no. . . . no. . . . eso no. . . . eso no. . . . ¡te condenas! mira que nos condenamos. . . . ¡no! no puede ser. . . . pues te lo voy á decir. . . . ¡soy tu madre. . . . ! Soy—y pronunció un nombre que no diré jamás.—Sí. . . . tu madre. . . .

—¡Mientes, desgraciada clandestina! ¡Prostituta!

Oí un chasquido, ruido de muebles que caían, cristales y loza que se quebraban. . . . ¡Y yo que no podía moverme, clavado en la alfombra, tras el cortinaje que se agitaba, sacudido por el crispamiento de mis manos.

—¡Así mejor, así mejor! . . . ¡sí! mejor pégame, lo merezco. . . . pero figúrate, si eso lo había de permitir. . . . soy tu madre, te lo juro. . . . mira, mira mis ojos, son iguales á los tuyos. . . . son tus ojos. ¿Me creías muerta? Eso te habían contado. . . oye. . . yo huí de tu tierra porque engañé á tu padre. . . . eras muy niño. . . . aquí en México hice porque allá creyeran que me había muerto. . . . él me quería matar. . . y cuando quedé sola tuve que

ser lo que soy.... ¿ya que había de ser?... pero no soy tan mala de permitir eso.... cuando llegaste procuré vivir cerca de tí.... te quiero.... eres mi hijo aunque te pese..... aunque te pese..... ¡Mírame!.....

Entonces fué Juan quien sollozaba..... debía hundir su rostro en los almohadones del sofá, ¡los mismos sobre los que asalté á aquella mujer que era su madre!—porque aquellos sollozos caían ahogados, infinitamente tristes, sin consuelo.... A intervalos pronunciaba esta sola palabra:

—¡Mamá!

—¡Mamá!—repetía en el mismo tono de suprema angustia, de espantoso dolor....

No pude más..... arranqué á correr; bajé á saltos la escalera.... para no volver nunca á aquella casa.

Ni de aquella mujer, ni de Juan, logré á saber más tarde, pues no volvió á la Escuela....

No sé más....

¿Verdad que mi primer aventura es de las que nunca se olvidan?—terminó el doctor apurando su vaso de cerveza.

HERIBERTO FRÍAS.



LOS CAMELLOS.

Lo triste es así.....

Peter Altemberg.

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
De verdes ojos claros, y piel sedosa y rubia,
Los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
A grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
El soñoliento avance de sus vellosas piernas
—Bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
Pararon, silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
Y ya sus ojos quema la fiebre del tormento;
Tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
Perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
Cuando sus ojos cierra el moribundo día
Bajo la virgen negra que los llevó á la sombra,
Copiaron el desfile de la Melancolía.

Son hijos del Desierto: préstoles la palmera
Un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
¡Y en sus marchitos ojos que esculpe la Quimera
Sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge!

Dijeron las Piramides que el viejo sol rescaldaba:
«Amamos la Fatiga con inquietud secreta.»
Y vieron desde entonces correr sobre una espalda
Tallada en carne viva su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
Quisiéron en sus giros ser grácil vestidura,
Y unidos en collares por invencible engarce
Vistieron del jiboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
La sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos

De caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
Todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
Ni las volubles palmas que riegan sombraamiga,
Ni el ruido sonoro de claros cascabeles.
Alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio
Que amáis pulir el dáctilo al son de las cadenas,
Sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
De un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la llanura vasta
Que vais llevando á cuestras el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡novios de la palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo Infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿qué logran las melenas
De las zarpadas tribus? Cuando la sed oprime,
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
Sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya á lo lejos la errante caravana
Dejándome—camello que cabalgó el Excidio—...
¡Cómo buscar sus huellas, al sol de la mañana,
Entre las sombras grises de lóbrego fastidio!

¡No buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
Hoy á mi labio exhausta; y aguardaré paciente
Hasta que suelta en hilos la mística dulzura
Refresque las entrañas del lírico doliente.

Y si á mi lado cruza la sorda muchedumbre
Mientras el glauco fondo de esas pupilas miro,
Dirá que vió un camello con honda pesadumbre
Mirando silencioso de fuentes de zafiro...

GUILLERMO VALENCIA.

EL CUENTO DE NUNCA ACABAR.

I

—¿Que yo he de contar un cuento?... ¡Un cuento! Vamos—éramos en un ángulo del salón dos parejas jóvenes de doble sexo ¡Jesús! de distinto, digo—¿existen los cuentos?

—Mira tú, exclamó Pedro, así se llama mi compañero, los cuentos pueden ser sucedidos ó por suceder. ¿Me entiendes?... Queremos un cuento que se nos realice, un cuento que....

—Sí, sí, repetían Luisa y Lola, un cuento que...

—No, repliqué, ustedes quieren una profecía en cuento, digamos; y yo soy mal profeta y peor narrador. Sin embargo, pronostico á estas niñas que serán unas....

—Reinas, interrumpió Pedro.

—No, unas.... Las niñas curiosas é impacientes acercaban á mis labios sus cabecitas rafaescas. Unas.... unas.... madres de familia.

Con rápido movimiento Luisa y Lola irguiéronse y se alejaron brevemente de mí. Pedro se adelantó preguntando.

—¿Y yo? ¿Y tú?

—Unos.... unos.... unos.... Las niñas se aproximaban con la misma lentitud musical con que yo seguía repitiendo unos.... unos.... Sus cabecitas rafaescas volvían acercándose á mis labios. Unos.... unos.... padres de familia.

Y aquellas criaturas no se alejaron más, sus ojos nadaron en reflejos azules de acero bajo parpadeos fugitivos, sus labios se doblaron en duplo arco de sangre y sus dienteillos blancos de leche chocaron imperceptiblemente. Y así, de golpe, como quien quiere acariciar, como quien quiere pegar.... recibimos Pedro y yo en las nuestras el contacto de dos manos; no, de manos no, de pétalos que empuja y junta un viento sin rumor en un surco; mientras nuestros viejos padres se enredaban acalorados en una controversia política, y las gordas mamás se olvidaban de nosotros, aventuradas en reminiscencias ya muy lejanas del baile sin precedente que le ofreció á su Alteza Serenísima D. Manuel Escandón....

Un doble beso mudo, largo y húmedo nos apagó el hálito, en un desvanecimiento de aromas de carne de veinte años, sana y fresca, buena y casta. Había comenzado el cuento.

II

¡Vaya! hombre, cuenta un cuento que.... exclamó Pedro, interrumpiéndose luego, después de añoranzado silencio, una noche en que visitábamos á él y Lola, Luisa y yo, y que habíamos agotado la conversación sobre nuestros hijos ya crecidos. Su mujer y la mía, él y yo, sentimos, con la frase, como si se nos hubiera vuelto la cara para la espalda, y nos quedamos viendo dantesca mente hacia el pasado. Mas dueño de mí mismo.

—Pero eso no sería un pronóstico, dije.

—No importa, replicó Pedro.

Nuestras consortes, silenciosas, nos miraban angustiosamente, parecía que iban á sollozar. Nos-

otros las contemplamos asombrados. De pronto Pedro se echó á reír.

—Ya sé.... ya sé, decía rompiendo el hilo de la risa, ¿te acuerdas? Yo besé á la tuya, tú besaste á la mía, aquella noche.... hace treinta años. Nunca me había acordado. Y después nos casamos, tú con la mía, yo con la tuya.... ¿y cómo fué eso?

—No sé ¿y tú?

—Hombre, yo tampoco; había olvidado también eso.... ese.... ese.... ese detalle. Pero ve, Pedro, como ellas no lo han olvidado.

—Nunca, dijo Luisa. Juntas, á solas, nos hemos reído de ello; pero delante de ustedes, el recuerdo evocado así.... casi nos ha hecho llorar.

—¿Por qué? ¿Tan mal te he tratado?

—Eso, eso, agregó Pedro. ¿Tan mal te ha ido conmigo, mujer?

Y las pobres viejas, interrumpiéndose, repetían, ruborizadas.

—No, no, no es por eso....

—Pero ¿y los muchachos? exclamó Lola de repente. Los cuatro nos quedamos fríos. Los muchachos—mis dos hijos y las dos hijas de Pedro—no estaban en el salón. ¡Oh! los veinte años!

—Se han ido al jardín, sin duda. Vamos al jardín....

—Vamos....

—Vamos....

—Vamos....

La luna caía, como lluvia de plata en polvo, sobre las hojas inmóviles, el canto del grillo vibraba melancólicamente en el aire tibio, ascendía de la tierra un olor acre y dulce á la vez y hacia el ángulo más apartado del jardín se oía.... ¡oh, pobres viejos nosotros! bien conocimos lo que se oía.... el rozar de una ala que se despliega en la fronda bajo un rayo de luna....

—¡Muchachas! ¡Muchachos! gritaban las mamás apresuradas en el sendero.

Los papás, serios y callados, nos detuvimos automáticamente. El cuento había comenzado de nuevo.

JESÚS E. VALENZUELA.

DESPUES DE UNA LECTURA.

Cierro tu libro. Sin fecunda idea, tu arte es un ara donde no arde el fuego, sombra de vida, laberinto ciego de vanas formas que el capricho crea.

Mi alma el fulgor de lo idéal desea, y de esa estéril perfección reniego que extraña á todo, en indolente juego palabras pule, ó cláusulas tornea.

Lejos de mí vuestra impasible musa, la que especie de trágica Medusa, convierte en piedra el corazón del vate.

Dadme, dadme el poeta soberano que bruñe el verso varonil y humano como se bruñe un arma de combate.

EMILIO FERRARI.

Madrid. 1899.



EN MI BARRIO.

Sobre la rota ventana antigua
Con toско alféizar, con puerta exigua,
Que hacia la obscura calleja da,
Pasmando al vulgo como estantigua
Tallada en piedra, la santa está.

Borró la lluvia los mil colores,
Que hubo en su manto y en su dosel;
Y recordando tiempos mejores,
Guarda amarillas y secas flores
De las verbenas del tiempo aquel.

El polvo cubre sus aureolas,
Las telarañas visten su faz,
Nadie á sus plantas riega amapolas,
Y ve la santa las calles solas,
La casa triste, la gente en paz.

Por muchos años allí prendido,
Unico adorno de toско altar,
Flota un guiñapo descolorido,
Piadosa ofrenda que no ha caído
De las desgracias al hondo mar.

A arrebatarlo nadie se atreve;
Símbolo antiguo de gran piedad,
Mira del tiempo la marcha breve,
Y cuando el aire lo empuja y mueve,
Dice á los años: *pasad, pasad.*

¡Pobre guiñapo que el aire enreda!
¡Qué amarga y muda lección me da!
La vida pasa, y el mundo rueda,
Y siempre hay algo que se nos queda
De tanto y tanto que se nos va.

Tras esa virgen de obscura piedra
Que á nadie inspira santo fervor,
Todo el pasado surge y me arredra;
Escombros míos, yo soy la yedra;
¡Nidos desiertos, yo fui el amor!

Altas paredes despostilladas
Cuyos sillares sin musgos vi,
¡Cuántas memorias tenéis guardadas!
Niveas cortinas, jaulas doradas,
Tiestos azules... ¡no estais aquí!

En mi azarosa vida revuelta
Fuí de esta casa dueño y señor;
¿Do está la ninfa, de crencha suelta,
De grandes ojos, blanca y esbelta,
Que fué mi encanto, mi fe, mi amor?

¡Oh mundo ingrato, cuantos reveses
En tí he sufrido! la tempestad
Todos mis campos dejó sin mieses...
La niña duerme bajo cipreses,
Su sueño arrulla la eternidad.

¡Todo ha pasado! ¡Todo ha caído!
Sólo en mi pecho queda la fe,
Como el guiñapo descolorido
Que á la escultura flota prendido...
¡Todo se ha muerto! ¡todo se fué!

Pero ¡qué amarga, profunda huella
Llevo en mi pecho!... ¡Cuán triste estoy!...
La fe radiante como una estrella,
La casa alegre, la niña bella,
El perro amigo... ¿Donde están hoy?

¡Oh calle sola, vetusta casa!
¡Angostas puertas de aquel balcón!
Si todo muere, si todo pasa,
¿Por qué esta fiebre que el pecho abrasa
No ha consumido mi corazón?

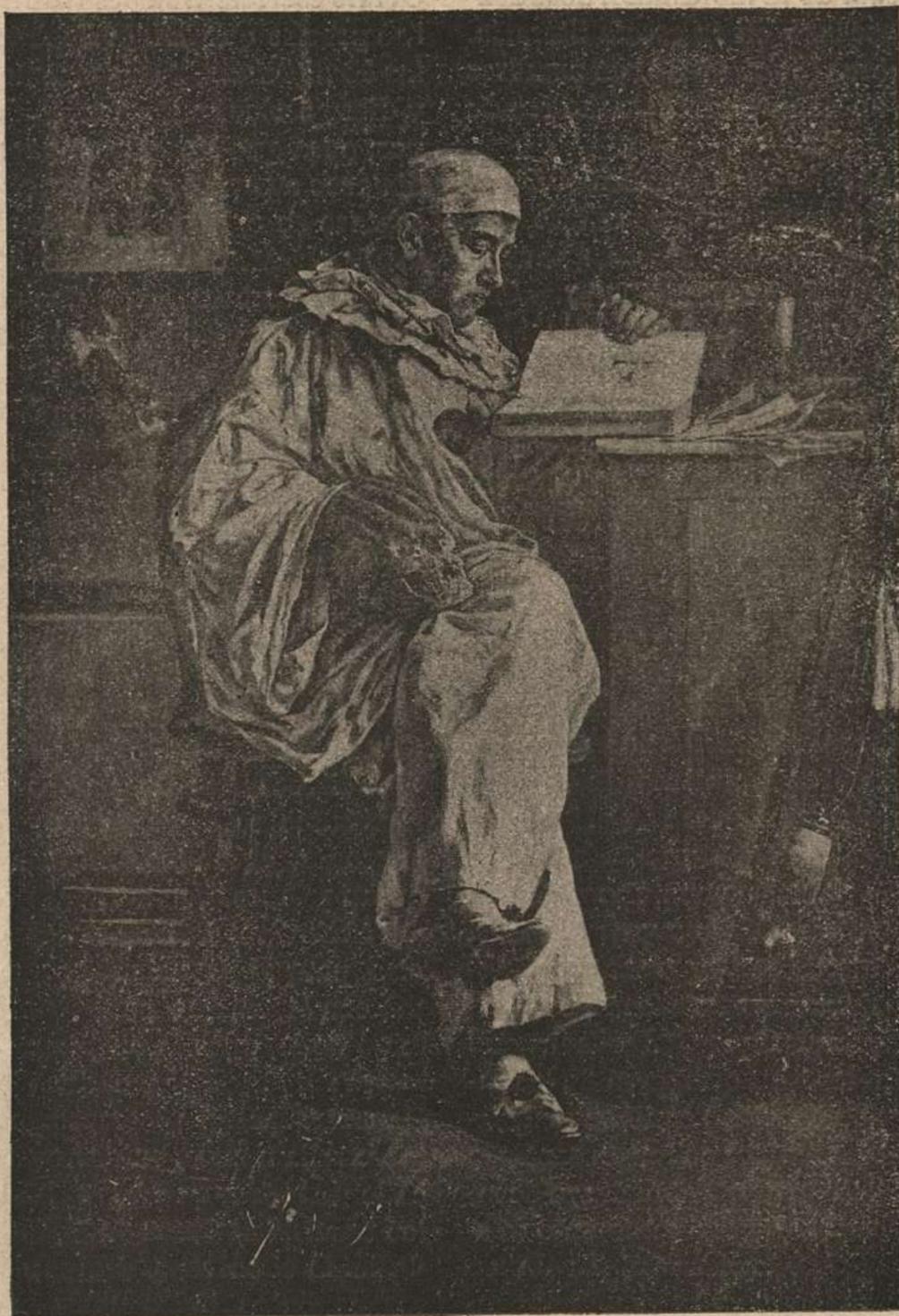
Ya no hay macetas llenas de flores
Que convirtieran en un pensil
Azotehuelas y corredores...
Ya no se escuchan frases de amores,
Ní hay golondrinas del mes de abril.

Frente á la casa la cruz cristiana
Del mismo templo donde rezó,
Las mismas misas de la mañana,
La misma torre con la campana
Que entre mis brazos la despertó.

Vetusta casa, mansión desierta,
Mirame sólo volviendo á tí...
Arrodillado beso tu puerta,
Creyendo, loco, que aquella muerta
Adentro espera pensando en mí.

JUAN DE DIOS PEZA.

XXIII EXPOSICION DE BELLAS ARTES.



PIERROT DOCTOR. (CUADRO DE JULIO RUELAS.)

HOSTIA.

A JOSÉ JUAN TABLADA.

Querido amigo, ilustre compañero.

Con extraño placer leí su elocuente carta, llena de doloroso entusiasmo, religiosa á fuerza de inspiración, de una sinceridad exótica en los tiempos que corren, de un atrevimiento de paladín literario, por sí solo acreedor al premio olimpico. Nobleza obliga: ha hecho vd. su confesión, harán la suya nuestros compañeros, hago la mía. Le pareceré á vd. un disidente, un cismático, y quizá lo sea; pero en el fondo del cisma adivínase el elemento indestructible de donde arrancan nuestras inspiraciones y el immaculado foco en donde convergen. Se trata del *Decadentismo*, de "la única escuela en que puede obrar libremente el artista que haya recibido el más ligero hálito de la educación moderna." No me santiguo; pero creo que es decir mucho, que es aventurar de sobra. Procuremos entendernos.

Las palabras, dice Bain, tienden redes al pensamiento. No nos dejemos atrapar por la palabra *Decadentismo*: somero análisis desbarata sus mallas. —Se pueden conocer los objetos sin necesidad del término que los designa; mas con el fin de entenderse mejor y pronto, es utilísimo reunir al conocimiento de la cosa el conocimiento de su nombre. Abreviación inmensa de trabajo cerebral! La palabra *decaer* significa un fenómeno ó conjunto de fenómenos morales, sociales, literarios, según se aplique á éstos ó aquellos. No es absoluta; tiene su correlativo en *ascender* y sus sinónimos. Las lenguas están formadas de palabras pares, *relativas*: esto es fundamental. Desatendiéndome, por de pronto, de averiguar si los hechos sociológicos actuales revelan una decadencia en el orden moral y en el literario, me concreto á precisar, á definir. Decaer,

opuesto á descender, no puede significar otra cosa que un nivel inferior, un escalón más bajo, un estado menos perfecto. Decadentismo moral es, pues, un descenso en la escala de la moralidad; decadentismo literario, un descenso en la escala literaria. Y nótese que las palabras (Stuart Mill) son nombres de cosas, de hechos, no simplemente de la idea de esos hechos y de esas cosas.

Sé que usted entiende de otra manera el *Decadentismo* literario y le felicito, porque prefiero verle preso en la tela de araña de la palabra, que siéndole infiel al eterno ideal humano de la belleza. Con febriles toques de tinta escéptica, bosqueja usted la fisonomía moral de nuestra época: en el lienzo hay una figura angustiada. Es usted consecuente é inconsecuente. Lo uno, porque después de asentar estas premisas—verdaderas ó falsas—que la fe decae, que las grandes aspiraciones enferman y decaen, que el alma entera decae, deduce usted esta conclusión—verdadera ó falsa—pero perfectamente lógica: este estado de ánimo, esta fisonomía moral, es el *Decadentismo* moral. Lo otro, porque al trasplantar la palabra al terreno artístico, se expresa usted en estos términos: “el *Decadentismo* puramente literario, consiste en el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes y erige Dios de sus altares á un ideal estético que la multitud no percibe, pero que él distingue con una videncia moral, con un poder para sentir lo *supra sensible*, que no por ser raro, deja de ser un hecho casi fisiológico en ciertas idiosincrasias nerviosas, en ciertos temperamentos hiperestesiados.” Es decir, que el refinamiento de un espíritu que huye de los lugares comunes (elevación de nivel) constituye decadencia! que la videncia moral, el poder de sentir lo *supra sensible* (elevación de nivel) constituye decadencia! que la hiperestesia del temperamento (elevación de nivel) constituye decadencia! Le da usted á la palabra un sentido que no tiene en el lenguaje, la hace usted significar lo contrario de lo que significa: falta usted á la lógica.—En el fondo estamos de acuerdo, estamos de acuerdo en el hecho, en la cosa; sólo disentimos en la cuestión secundaria: vd. elige un nombre que á mí me parece impropio, y yo, á falta de otro mejor, me atengo al antiguo, al más comprehensivo; lo que usted llama *Decadentismo* literario, le llamo *arte* literario.

Pretendiendo usted limitar, circunscribir la escuela, inconscientemente generaliza: en la cláusula que copio de su carta caben desde Moisés hasta Alfonso Daudet, los poetas de los renacimientos y los poetas de las decadencias. Acaso no han huído de la vulgaridad? acaso no han amado á su arte como se ama á Dios? acaso no han sentido lo *supra sensible*, el ideal? acaso no han tenido nervios más vibrantes y sensibilidades más finas? En la fórmula de usted está comprendido el *Decadentismo* literario por estar comprendido todo el arte; pero una fuente no es el agua, una llama no es el fuego, un sol no es el cosmos. Procuraremos definir la escuela. Los hechos morales informan las literaturas. “La obra de arte está determinada por el estado general de los espíritus.” (Taine).—La ley de la producción, generalísima, que lo mismo explica el nacimiento de una planta que el de una novela. De un pueblo guerrero, bello en el *agora* y en el campa-

mento, nace Homero; de un pueblo que gime y ruge nace Jeremías; de un pueblo que platica con pláticas amenas y terribles, nace Voltaire. Para que Ovidio escribiera su beso lúbrico, su “Arte de amar,” fué preciso que la hija de Augusto se vistiera de telas *bombycinas*, transparentes, como los capelos, y diese á oler su flor marchita á plebeyos y á esclavos; para que Horacio empapase en perfumes afrodisíacos sus versos, fué preciso que Mecenas se presentara en el Foro con ojeras lánguidas de luna de miel, arrastrando la toga floja y seguido, como oriental cortesana, de dos eunucos. Un estado de espíritu especial, forma el romanticismo; un estado de espíritu especial, forma el naturalismo; un estado de espíritu especial, forma el decadentismo. La notación literaria de los estados morales constituye las diferentes formas del arte, las diferentes escuelas estéticas. El *decadentismo* literario es, pues, la *notación literaria* del decadentismo moral. De aquí que cada escuela tiene su vocabulario propio, porque anota sensaciones especiales: el clásico es sobrio, pulido y lento, no extorsiona la frase, no la hace gritar con gritos discordantes, prepara las transiciones cuando no puede evitarlas, es un orador ciceroniano de amplias cláusulas parejas; el romántico es desbordado, incontinente, habla demagogia, choca los términos cortos en la antítesis de un relampago, hace una *revolución en el fondo del tintero*; el naturalista es preciso, ante todo preciso, porque es un sabio que clasifica, analiza, establece leyes, que poco le importa si la palabra es fea ó bella, pues le basta que sea justa la que diga lo que debe decir; el decadentista... ya Teófilo Gauthier lo dijo pintorescamente al hablar de palabras diamantes, rubies, esmeraldas, iris... el decadentista recurre á los diccionarios viejos, visita las *trasterías* llenas de baratijas, cuyos colores ha desleído el polvoso tiempo; es amigo de los pintores, es amigo de los cielos en que el sol da pinceladas de infinitos tonos; porque nota sensaciones indefinibles, enfermas, tiene que romper sus frases, darlas el color de un chal viejo, el extremecimiento de un lomo de gato acariciado... Las frases de los Goncourt tienen toda la fascinación de un ataque de histeria.

Los adelantos científicos actuales y el carácter eminentemente industrial de la civilización moderna, han creado tres escuelas literarias por tres razones: el *naturalismo* (Zola), porque algunos espíritus creyentes de la ciencia, que han transportado su fe á los gabinetes de física y á las planchas de los anfiteatros, aplican á la novela el método experimental, dándole marcado carácter histórico á sus obras-novelas de costumbres; el *intimismo* (Bourget) porque la psicología ha despertado la curiosidad de los confesionarios—secretos, profundidades del alma!—y casi como manía atisban los dramas domésticos y arrojan su sonda...; y el *decadentismo*, porque á otros espíritus la ciencia sólo ha dejado amarguras y sombras, *enfermos de civilización* que se refugian en algún *Paraiso Artificial*. Los primeros tienen conciencia de la gran lucha fecundante, del impasible progreso humano; los segundos sienten y palpan las miserias individuales, las llagas íntimas, bajan hasta lo inconsolable y después de negar á Dios, lloran sobre el cadáver de un

discípulo con el *Padre Nuestro* en los labios; los últimos, en medio de su dolor, son epicureístas, epicureístas enfermos que no vibrando á la sensación burguesa inventan placeres de dioses, gozan y sufren con su arte de brillantes epilepsias y engastan sus martirios en diademas imperiales de fantásticos imperios.

Hay otras importantísimas manifestaciones del arte, *parnasianismo*, *diletantismo*, *japonismo*, *satanismo*, etc., debidas á la complejidad del espíritu moderno, perfectamente diferenciadas, correspondiendo á estados psicológicos, á estados de alma. Pero no es mi propósito examinarlas; me basta y sobra para establecer mi generalización con las tres á que he dado preferencia.

La generalización á que creo haber llegado es esta: no hay dogmas estéticos. Siempre la obra decide, siempre el genio da al traste con las retóricas. Todos se valen. ¿Cuál de estas dos poesías bucólicas es mejor; la *Charogne* de Baudelarie ó el *Idilio* del padre Pagaza? El dogma es tirano; quiere usted establecer la intolerancia literaria? quiere vd. guillotinar á Chénier?—No hay una sola forma de arte porque no hay un sólo temperamento: la diversidad de las personalidades es un hecho. Los genios no se miden con regla. Estúdiese la personalidad en sus antecedentes de raza, en sus condiciones de medio, en sus tendencias. . . . Si ve la vida con el prisma de cristal negro de Leopardi, en virtud de qué dogma le vamos á exigir que la vea con la filosófica y tierna ironía de Renan? Grandes artistas deforman la naturaleza: la Historia de Shakespeare—qué nombre!—es quimérica, otros la respetan como el enorme Balzac. No vamos á condenar á unos para absolver á otros; el arte no tiene dilemas.

Vd. es decadentista, así tiene formado su espíritu: las verdades de la ciencia son las elegías de su fe; lleva en el alma un cenicero de ideales; en el libro de Spencer encuentra un Infierno más horrible que en el de Dante; ante su vista gira en eterno giro el cero búdico. . . . Respeto su templo mutilado. A esto se agrega que los decadentistas lo han hipnotizado, amigo mío; es vd. el sonámbulo de Richepin. Hay una sugestión literaria: almas que se nos entran en el alma. Vd. ha vivido en los palacios de *Fortunio*: de aquí la forma fantasmagórica de su estilo; es vd. un *esteta*. Se ha recostado en los perezosos divanes del *Club de Hatchishistas*: de aquí sus nerviosidades, sus pesadillas y sus edenes. El genio de vd. es un demonio súcubo con alas de colibrí á veces, y á veces con alas de murciélago. Quizá me conteste con la carcajada Stenhdal. Quizá lo merezca. Inyectarse versos de Paul Verlaine, es casi lo mismo que inyectarse morfina: á la larga se forma una manera de ser especial, un temperamento neurótico que invade el antiguo *yo*, lo penetra, lo transforma, sin que encuentre fuerzas para resistir la invasión, débil como está por las luchas sin tregua de la selección intelectual. Entra vd. en el desfile de los *Poetas Malditos*; al madero de su cruz se abraza una Musa histórica. En resumen, amigo mío, pienso que pensamos lo mismo en el fondo, y veo con gusto que vd., el escéptico y el enfermo, tiene una fe y una patria celeste de salvación, porque entre los pedazos de crucifijos y de

órganos de su templo desbaratado, es vd. oficiante de ideal! Abrigo la esperanza de que la *Revista Moderna* no sea el porta-voz de una *secta literaria* exclusivista y fanática, el «Gato Negro» de la neurosis artística. El arte es la hostia de los elegidos: hecha de pasta de *hatchish*, de panales el Himeto, de lo que vd. quiera, pero siempre es hostia!

México, Enero 1893.

JESÚS URUETA.

DE VIAJE.

III.

Real del Monte.—Una mina, una mujer y un paisaje impresionaron fuertemente mi ánimo.

¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿A dónde iba? No lo supe, no lo sabré nunca ni me importa saberlo, ni siquiera intentaré averiguarlo; sólo sé que vi en sus ojos claros el mismo cansancio, el mismo tedio, el mismo eterno descontento que eternamente va conmigo por doquiera que voy.

¿Era inglesa? Así lo habría creído quien hubiera visto su sencillo traje de amazona; traje sencillo, casi revelador de pobreza; pero llevado con gracia y distinción singular. . . . ¿Era inglesa? Así lo habría asegurado quien viera su sombrerito que le daba aspecto de cleriguillo asceta, de cuákera, de maniática militante de *l'armée de salut*. . . . pero no, no era inglesa, á pesar de su llo de periódicos, de su cámara fotográfica, de su sombrero semi-clerical y semi-sport-woman.

No era sajona, no; la oí hablar español al mozo de la única fonda de este mineral, con pronunciado acento mexicano.

Era, sin duda, una desterrada, una viajadora incesante que había nacido para amar y ser amada, y que se ganaba la vida haciéndole propaganda á algún semanario mamarrachero dirigido por el Rev. Thomson ó Johnson ó Alexanderson, ó por el Sr. Pbro. Martínez ó Ramírez ó Jiménez.

Después del café, no volví á verla, no intentaré encontrarla nunca en mi ruta; pero me vi tentado á decirla con el divino Amiel:

“Ne méprise pas ta situation; c'est là qu'il faut agir, souffrir et vaincre. De tous les points de la terre, on est aussi près du ciel et de l'infini.”

Sin duda que la cuákera me impresionó tan fuertemente, porque quince días de Pachuca, en donde no vi una sola mujer guapa, me hicieron encontrarla celestial.

* * *

A cuatrocientos cuarenta metros debajo de la tierra, en los laborios de la mina “Dificultad,” olvidé por completo á la cuákera, para pensar sólo en la incomensurable labor humana; ¡pobre humanidad! ¡qué lucha eterna para vivir! ¡con cuánta lentitud ha ido el hombre dominando á la naturaleza!

Del todo ignorante en mecánica, sólo sé, por diceres del ingeniero que me guía, que la instalación de esta mina es la única de su género en América

y que ha costado (detalle yanqui) tantos millones.

Pero, ¡qué impresión apocalíptica! la de encontrarse á 400 metros debajo de la corteza terrestre, con una maquinaria gigantesca, monstruosa, aterrando con su arrullo ronco y sus piezas de dimensiones inauditas.

—Va vd. á escuchar tres explosiones, me dicen los ingenieros.

—¿Y no hay peligro?

—Hay.... no hay.... ¿qué sabemos? el minero muere cuando le toca....

Y una tras otra, las tres explosiones se suceden formidables....

*
**

En un templito con sillería americana, y que más que templo, semeja sala de sesiones de algún congreso obrero, cuatro evangelistas detestables os-

tentan sus chillantes colores y sus risibles fisonomías....

Fisonomías risibles no sólo las de los evangelistas, sino hasta la del león de San Marcos, con cabellera y bigotitos á la Luis G. Urbina; risible también el toro de San Mateo, semejante á Amado Nervo.

*
**

El paisaje, el paisaje espléndido, montañoso, admirable y sereno, que se contempla desde el camino por donde tantos millones de toneladas de plata han ido á Europa y á las casas de moneda; el paisaje me vuelve la paz de mi espíritu, perdida unas cuantas horas en la contemplación de la cuáquera triste y bella.

ALBERTO LEDUC.

AL CIELO!

En una estrecha caja capitonada de nieve seda, rígido el cuerpo breve de mi Blondina fué colocado.... Después ví que dos hombres dijeron algo con voz muy queda y se pararon luego—pájaros negros—á cada lado.

Habían puesto en torno cirios prendidos al nuevo día. Su fulgor tembloroso bañaba el rostro de la durmiente. Murmullo de oraciones lentas, confusas, se percibía en la estancia invadida, en un instante, por mucha gente.

Adentro oí sollozos, lamentos, ayes y voces graves; afuera lo de siempre: carros y trenes y voceadores; y en el jardín vecino sobre las verdes frondas las aves revolando como ebrias de amor y aire, de sol y flores.

Y la niña dormida cual en su cuna, y en su almohada nimbo místico haciendo su cabellera color de oro á su faz blanca, blanca, más que la cera que á la alborada iluminó la caja donde guardaron aquel tesoro.

Me acerqué poco á poco, presa del miedo, y dije á uno de los pájaros negros, temblando, pero con hondo anhelo: —¿Qué van á hacer con ella?— ¿Hacer con ella? me dijo el tuno, levantarla en el hombro para llevarla.... llevarla al cielo.

Y así se la llevaron, aunque mi madre lloraba á mares; y ya á solas la dije: —No llores, madre; madre, no llores.... Si la llevan al cielo!.... —¡Hijo!.... No llores.... si son cantares mis sollozos.... ¡Oh Madre!.... ¡Oh Madre Santa de los Dolores!

JESÚS E. VALENZUELA.

BALADINA.

Ascuá de oro del paisaje
de la tarde purpurina,
ascuá de oro del paisaje
va la bella peregrina.

La ragazza es saboyana
y sus ojos de Mignón,
la ragazza es saboyana
y así canta su canción:

Solas vamos por la vida,
solas yo y mi soledad,
solas vamos por la vida
sin sentir felicidad.



Como soles de la noche
dos ojos mi dicha son,
como soles de la noche
hirieron mi corazón.

Me hirieron dos ojos bellos
como celeste puñal,
me hirieron dos ojos bellos
y sentí el amor y el mal....

Y de pronto ve en el cielo
dos ojos que la fascinan:
Cástor y Pólux su vuelo
hacia Berenice inclinan.

RUBÉN M. CAMPOS.

POEMAS

POR

LEOPOLDO DIAZ.

El culto de la Poesía es peligroso culto. Como la investigación del esoterismo astral, como la Magia Negra, como las relaciones con los espíritus infernales que dan el oro más fino de las vetas, el rubí más sangriento y la esmeralda de corazón más hermoso—de corazón luminoso como de poeta—la palabra que hace descender la luna sobre los patibulos, para el potente conjuro holocaustizado con mirra siria y medula de tibia de muerto; el encanto de la hierba cuyo jugo enloquece de amor los cuerpos y muerde el cerrojo de las arcas centenarias, donde yacen preciosos discos eternizando el perfil de los emperadores; como los trípodes que se consultan bajo la luz anaranjada y la lamparilla de fósforo, la Poesía puede conducir á las costas siempre huyentes del Desconocido, donde los cerebros encallan como naües, ó á la misma luz divina,—crepúsculo siempre—pero crepúsculo lleno de la infinitamente dulce vida de los lirios que tienen cada uno su Angel de la Guarda como místicas personas, y en cuyos cálices, rimado en forma de aroma, está contenido el pálido beso que pone una gloria en los labios de las vírgenes, y una adoración de celeste sensualidad en la substancia de las hostias.

Nada tiene de extraño esta adoración mía, esta ternura divinamente filial, este sincero entusiasmo de catecúmeno, por mi hermosa madre la Poesía. Ese ha sido mi primer amor y continúa siendo mi única religión. Ante sus altares rindo la punta de mi pica y descubro mi cabeza: lo que no haría sino delante de un niño muerto; lo que no hago ante la misma Verdad, que sólo conoce de mi pecho la palpitación manifiesta bajo la coraza.

No es débil la carne, como dicen. Ella aguanta borrascas que atemorizan al mismo hierro. No hay volcán como un corazón bajo las costillas. No hay cataclismo cósmico que no pueda estar contenido en un cráneo. ¿Hay tempestad más luminosa que una idea? Por un instante el pie de Napoleón influye sobre la gravitación planetaria. Sin embargo, la carne llora. Pero este es precisamente el signo de su augusta superioridad. Ciertamente. Las piedras no tienen el don de lágrimas. El llanto, más que el amor, más que la reflexión, más que la conciencia, es la manifestación del alma. Un perro llorando en la noche, ante la soledad, es uno de los fenómenos más hondos del orbe de los misterios. Cuando se oye un perro llorando en la noche, ante la soledad, siente uno algo de su alma en el aullido de ese perro. Tened la franqueza de confesarlo.

Bien. Todas las ternuras del alma se llaman poesía. No es poeta el que no tiene por alma una lira. He aquí una afirmación que podría hacer fortuna. O bien esta otra: para ser poeta, es menester llevar dentro de sí la lira; no en las manos. Ejemplo: el pájaro.

En mi función de crítico literario de EL TIEMPO, me permito estas reflexiones, la primera y última vez que doy opinión sobre la Poesía. Basta para los que entiendan. Ya se ve que mis teorías artísticas son muy sencillas. Y en cuanto á mi procedimiento,

es éste: ser sincero, no callar jamás ante el error y decir siempre la verdad. Lo cual significa el aislamiento absoluto. Por otra parte, soy razonable en esto. La sociedad exige á sus neófitos que la enseñen previamente la lengua. Yo tengo el pudor de la mía. Porque está desnuda. Y seguramente porque no está manchada.

Esta noticia tiene por objeto hablar de un libro de Leopoldo Díaz, que contiene tres poemas. Tres hermosos poemas. Tres débiles poemas. Hay una hermosura en la debilidad. Los poemas se llaman: *Islas de Oro*, *La Leyenda Blanca* y *Belphegor*.

Como todas las obras de Díaz, estos versos no tienen personalidad, son mármol ó bronce, pero no son más que mármol ó bronce. Triunfo espléndido para un escultor; éxito, nada más, para un poeta.

Créame Leopoldo Díaz como merezco ser creído: en Arte no hay sino un camino cierto: la posesión de sí mismo. Su obra, hasta hoy, su obra encomiable como trabajo, como paciencia, como virtud, si se quiere, carece de personalismo. Tiene la variedad multicolor de esas preciosas canastillas de aguinaldo; pero al través de las flores exquisitas, ricas de color, opulentas de aroma, se ve siempre el mimbre y la armazón ajena, disimulado con habilidad maravillosa, pero visible siempre al ojo investigador que puede ofuscarse un instante con el espejeo irritado de la mica, pero que no equivocará jamás el brillo de la mica con las aguas de una piedra preciosa.

Comprendo bien que las bondades dóciles de la amistad han obrado sobre quien tan de veras merece cariño y admiración, no diré perjudicial, pero sí prematuramente; como sé que los apasionamientos de tendencias actualmente en pie á favor de una lucha formidable, no han sabido encontrar bajo las mieles del aplauso, el saludable grano de sal, la imprescindible gota de vinagre, necesaria á la vida intelectual como las rosas y los látigos.

Este poeta ha querido serlo todo, lo cual acusa fuerza, desde luego; pero ha querido serlo con patrones conocidos, con modos particulares, distintos, de aleación imposible, resultando de ahí su índole tornadiza, impresionable como las mariposas cuyos élitros no por ser de oro son menos efímeros—y los pecados, afortunadamente raros, de *diletantismo* en que ha incurrido alguna vez.

Leopoldo Díaz, ha querido ser Hugo en su *Cólera del Bronce*, Heredia en sus sonetos, Díaz Mirón y su poquito de Andrade en el canto *A Byron*; pero ni un solo indicio hay de que haya querido ser jamás Leopoldo Díaz en cuerpo y alma. ¡También ha querido ser Becquer!

Y en estos últimos poemas *Islas de Oro*, tiene de Federico Mistral y Armand Silvestre, aunque más no sea el título, como se lo dije ha tiempo cuando aún no estaba terminado (testigo: Rubén Darío), y *La Leyenda Blanca* y *Belphegor* tienen de Leconte de Lisle á quien Díaz conoce bien.

Por otra parte, el poeta no ha olvidado enteramente las impresiones de su última excursión al *Parnaso*. A través del esfuerzo por llegar á la sutil inquietud, á las refinadas exquisiteces de la Decadencia, se nota—¡cosa rara!—el fonetismo pretensioso de la versificación romántica. *Alhamar el Nazarita* resurge por ahí en caprichos harmónicos

inaceptables por las combinaciones casi algebraicas de la melodía wagneriana á que Díaz ha querido ajustarse, no logrando, sea dicho francamente, conseguirlo del todo. En ese sentido, á más de los numerosos poetas franceses que podrían ilustrarlo, como Verhæraen, tiene en América á Ricardo Jaimés Freire y al malogrado Asunción Silva.

¿Creeráse después de esto, que voy á saludar en la nueva obra de Leopoldo Díaz un triunfo intelectual? Pues así es. A pesar de sus defectos é inseguridades, se ve en ella un poeta. Cosas tiene dignas de preocupar el espíritu del pensador. Se nota el despertamiento de un alma, sobre todo en *La Leyenda Blanca*, que puede ser calificada francamente de simbolista, y hasta en *Belphegor* que, como ensayo de las nuevas tendencias, vale mucho y hasta puede ser augurio de cosas más meditadas y menos *públicamente* sentidas. La poesía ha menester, como las leonas, de la noche y la soledad para sus alumbramientos heroicos.

¿Qué creará de este juicio el amigo poeta? No me preocupo de ello; pero sé que no faltarán bocas de terciopelo, prontas para mentirle alabanzas á continuación de la mueca de desprecio con que reprochen mi franqueza.

Lo que yo quiero es ver á Díaz, como á todos los que luchan aquí por el Arte, con rumbo fijo, con ideales propios, con armas consagradas en las luchas donde se triunfa levantada la visera, y desnudas las manos, con apasionamientos, con tendencias, pero sin servilismo, aprendiendo lo que no se sabe, sí, pero conservando en todo momento la noble prenda del carácter, que no está permitido olvidar, porque ella es como el pudor y la fe: algo en que toda intransigencia resulta mancha; porque hay dos cosas inmaculadas sobre todo: los sables y las hostias. Y el Arte que vale por ambos.

Hago constar, sin embargo, que estos nuevos poemas significan un acto de valor, una protesta contra la murmuración permanente de los vulgares que se creen con derecho á hablar, á reprochar, á inquirir detrás de sus liras afónicas: como si no fueran palmípedos el ganso y el cisne! Y esto basta para el honor del estandarte.

Por lo cual el poeta Leopoldo Díaz es digno de llevar en su blasón, el lirio de plata.

LEOPOLDO LUGONES.

LA PALETA.

En medio de la paleta
y en semicírculo puestos,
alfabeto de colores
están los tonos diversos.
Como habla con unas notas
el músico al sentimiento,
y con signos el poeta
al corazón y al cerebro,
el pincel, lengua del mundo,
deja su huella en el lienzo,
y con *letras* de matices
habla á todo el Universo.
¡Oh paleta! ¡oh *diccionario*

que entienden todos los pueblos!
 á seductor, ¿quien te iguala?
 ¿quien te aventaja en ser bello?
 Eres de origen tan alto
 que el que entienda tus secretos
 y hablarte sepa á los hombres,
 es por la gracia del genio.
 Según quien supo tu idioma
 fuiste vario en tus aspectos;
 en Murillo has sido místico,
 en Velázquez, noble y regio,
 franco y sublime en Rosales,
 enigmático en el Greco,
 en Miguel Angel grandioso,
 y en el gran Fortuny espléndido.
 ¡Oh paleta! ¡oh breve mundo!
 ¡génesis de seres lleno!
 en tí de la vida humana
 está el gigante proceso.
 Cuando el pincel te provoca
 rompes el hilo del tiempo,
 retrocedes á la vida
 de lo inmortal y lo eterno,
 y surgen de tus colores
 reyes, damas, caballeros,
 épocas, fiestas y trajes,
 dramas, costumbres y pueblos.
 Los semblantes que han vivido
 en tí los retienes presos,
 y al conjuro del artista
 vuelven á ser lo que fueron.
 Todo lo que es y que ha sido
 está en tus matices preso;
 si quieres, César, revive;
 si quieres, revive, Homero.
 De tus rojos belicosos
 sale el combate sangriento,
 de tus verdes brota el campo,
 de tu azul surgen los cielos.
 Nadie hay que pueda enseñarte,
 ni transmitir tus secretos,
 que en tu ciencia poesía
 y tu color sentimiento.
 El dón de saber sentirte
 es don que viene del cielo;
 Dios baja hasta ti fundido
 en un iris de misterios.
 Como en él, en tí está todo
 cuando vibrar te hace el genio;
 ¡paleta, idioma divino,
 eres un mundo pequeño!

SALVADOR RUEDA.

PEQUEÑOS POEMAS EN PROSA.

EL EXTRANJERO.

¿A quién amas más, hombre enigmático, díme?
 ¿A tu padre, á tu madre, á tu hermano ó á tu hermana?

—No tengo padre ni madre, hermano ni hermana.

—¿A tus amigos?

—Os habéis servido de una palabra cuyo sentido desconozco hasta ahora.

—¿A tu patria?

—Ignoro á qué latitud está situada.

—¿La belleza?

—De buena gana la amaria, Diosa é inmortal.

—¿El oro?

—Le odio como odiais á Dios.

—Oh, entonces ¿qué amas, extranjero extraordinario?

—Amo las nubes.... las nubes que pasan.... allá, abajo.... las maravillosas nubes....

LA DESESPERACION DE LA VIEJA.

La viejecita arrugada se sintió rejuvenecida por completo viendo á este hermoso niño á quien todos hacían fiestas, á quien todo el mundo quería agradar; este bello sér, tan frágil como ella, la viejecita, y como ella también sin dientes, ni cabellos.

Y se aproximó á él, queriendo hacerle gestos y halagos agradables.

Pero el niño, asustado, se debatía bajo las caricias de la buena mujer decrépita, y llenaba la casa con sus alaridos.

Entonces la buena vieja se retiró á su eterna soledad y llorando en un rincón, decía: ¡Ah, para nosotras las hembras viejas, desgraciadas, ha pasado la edad de agradar aun á los inocentes y causamos horror á los niños á quienes quisiéramos ama!

EL CONFITEOR DEL ARTISTA.

¡Cómo son penetrantes los finales de los días de Otoño! ¡Ah, si, penetrantes hasta el dolor! Porque hay ciertas deliciosas sensaciones cuya delicadeza no excluye la intensidad y no hay punta más acerada que la del infinito.

¡Gran delicia, anegar la mirada en la inmensidad del cielo y del mar! ¡Soledad, silencio, incomparable castidad del cielo azul! Una pequeña vela tiembla en el horizonte y que, por su pequeñez y su aislamiento, remeda mi existencia irremediable; melodía monótona de la marejada; todas estas cosas piensan por mí ó yo por ellas pienso (porque en la grandeza del ensueño el yo pronto se pierde), piensan, digo, pero musical y pintorescamente, sin argumentos, sin silogismos, sin deducciones.

Sin embargo, estos pensamientos, sea que salgan de mí ó que procedan de las cosas, pronto se vuelven demasiado intensos. La energía de la voluptuosidad engendra un malestar y un sufrimiento positivos. Mis nervios, muy tensos, no dan sino vibraciones chillonas y dolorosas.

Y ahora, la profundidad del cielo me consterna, su limpidez me exaspera. La insensibilidad del mar, la inmutabilidad del espectáculo me indignan.... ¡Ah! ¿es necesario sufrir eternamente ó huir de lo bello eternamente? ¡Naturaleza, encantadora sin piedad, rival victoriosa siempre, déjame! Cesa ya de tentar mis deseos y mi orgullo! El estudio de lo bello es un duelo en el que el artista grita de horror antes de ser vencido....

UN CHUSCO.

Era la explosión del año nuevo; caos de lodo y de nieve, atravesado por mil carruajes, chispeantes de juguetes y bombones, hormigueando de ansias y desesperaciones, delirio oficial de una gran ciudad

capaz de perturbar el cerebro del solitario más fuerte.

En medio de este maremagnum y de este tumulto trotaba rápidamente un asno agujoneado por un gandul armado de un fute.

Al dar vuelta el asno al ángulo de una acera, un hermoso señor enguantado, barnizado, cruelmente encorbatado y aprisionado en un vestido completamente nuevo, se inclinó ceremoniosamente ante la humilde bestia y le dijo quitándose el sombrero: "Os deseo un feliz año nuevo," después se volvió hacia no sé qué camaradas, lleno de fatuidad, como

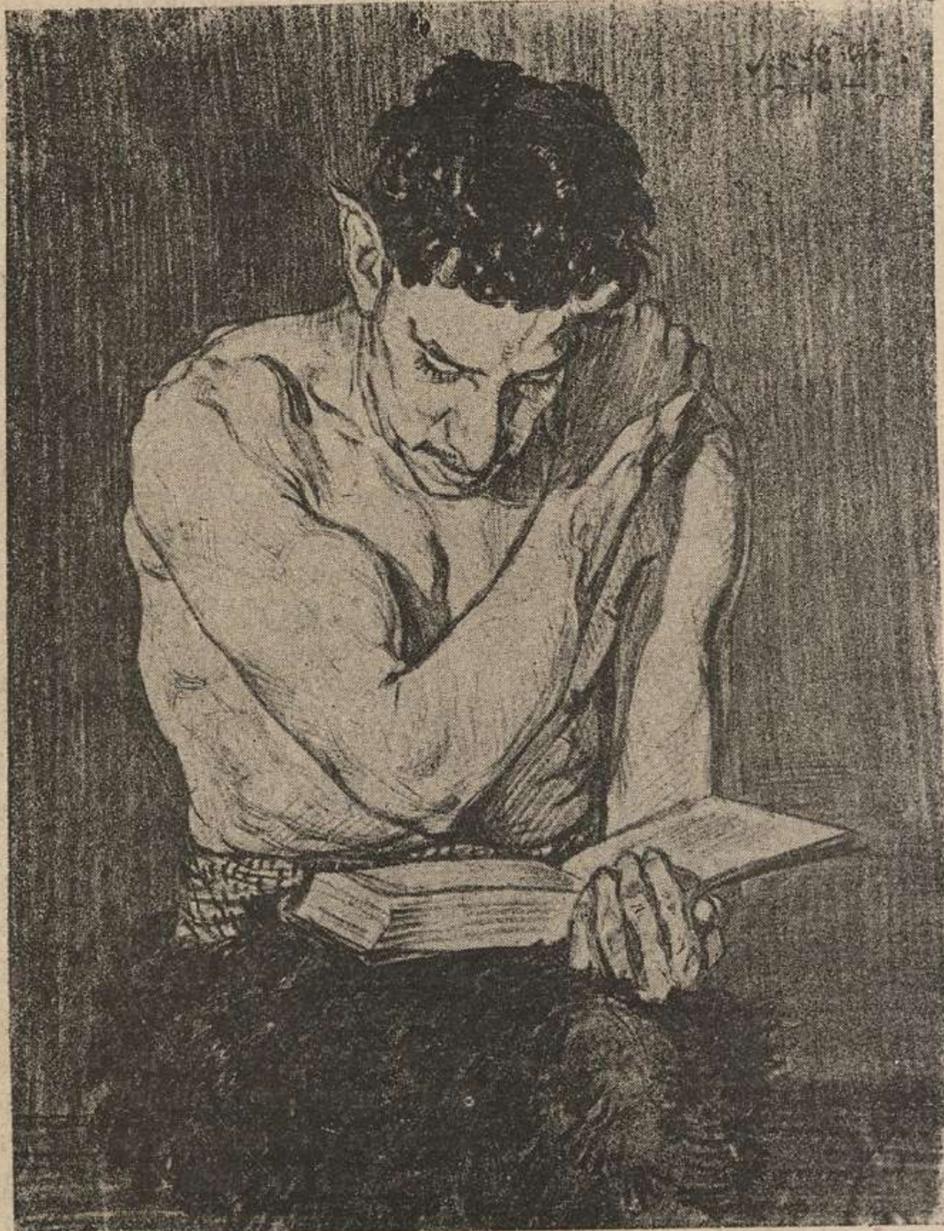
para rogarles agregasen su aprobación á su alegría propia.

El asno no vió á este chusco y continuó su carrera hacia donde el deber lo llamaba.

Y yo fui presa, súbitamente, de una inconmensurable, rabia contra este magnífico imbécil que me pareció concentrar en sí mismo todo el *esprit* de Francia.

CHARLES BAUDELAIRE.

ANTENOR LESCANO,
(Tradujo).



ALEGORIA.

Es de noche; por la tarde llovió y la arista de las banquetas brilla como argentado hilo.

Frente á mí camina un hombre; ¿un cualquiera? No, un maniático, sin duda alguna, pues sigue, obstinado, el hilo de argentina piedra; si acaso se desvía mueve los brazos como si fuesen un balancín, y, recobrado el equilibrio, vuelve á caminar.

Yo, instigado por la curiosidad, me adelanto para verle el rostro. Tiene fosforescentes ojos de loco.

Adelántaseme y sigue, sigue siempre en la sombra, poniendo las plantas de sus pies sobre el agudo ángulo de la banqueta como equilibrista sobre la cuerda.

Yo le sigo durante algunas horas, hasta que fastidiado me detengo. . . . ¿Este es un loco? Entonces todos aquellos obcecados por una idea ¿lo son también? ¿Entonces lo serán también los que sólo persiguen en la vida la gloria, el amor ó las riquezas? ¿Locos son también los inventores, los sacerdotes castos y los amantes? ¿Son locos los artistas enamorados de la invisible quimera, equilibristas de la locura, que insaciablemente se hunden en las tinieblas, sobre la cuerda tirante del destino? . . .

PAUL MARGUERITTE.

TIP. CALLEJÓN DE 57 NÚM. 7.